

# GÁBATA

número 30 / cuaresma 2024

Revista  
de la Semana Santa  
de Cantillana



# GÁBATA

número 30 / cuaresma 2024  
(antigua *Tiempo de Pasión*)

## DIRECCIÓN Y EDICIÓN

Juan Manuel Daza Somoano

## GABINETE DE REDACTORES

José Manuel Barranca Daza  
Carlos Blanco Tirado  
Miguel Ferrera García  
Cristina López Ríos  
Yedra López Ríos  
Antonio Naranjo de Brito

## FIRMAS INVITADAS

Álvaro Cabezas García  
Rocío Campos Delgado  
Álvaro Dávila-Armero del Arenal  
José María de la Hera Sánchez  
Juan Miguel Ferrer Grenesche  
María de las Mercedes Lomas Campos  
Francisco Merino Espinosa  
Ricardo Pueyo Sastre

## ILUSTRACIÓN CENTRAL

Miguel Ferrera García

## PORTADA Y CONTRAPORTADA

Francisco Rovira Yagüe

## PORTADA MONOGRÁFICO

David Payán Campos

## DISEÑO

Miguel Ferrera García  
[www.miguelferrera.com](http://www.miguelferrera.com)

## EDITA

Ayuntamiento de Cantillana  
Delegación de Cultura  
C/ Ntro. Padre Jesús, s/n  
41320 Cantillana (Sevilla)

Depósito Legal SE-385-96  
ISSN 21 734 321

© 2024 GÁBATA

Todos los derechos reservados  
Los editores no se hacen responsables de las ideas  
y opiniones contenidas en los artículos, siendo  
estos responsabilidad plena de sus autores.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser  
reproducida o transmitida por ningún medio  
sin permiso del editor.

Entonces Pilatos, cuando oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en un lugar llamado el empedrado, y en hebreo Gábata.

Jn 19, 13

4

## LA ESQUILA

¿Qué es la Semana Santa?  
por Álvaro Dávila-Armero del Arenal

6

## IN ICTU OCULI

El significado de la palmera  
en la Sagrada Entrada en Jerusalén  
por José María de la Hera Sánchez

8

## IDENTIDAD Y MEMORIA RITOS SINGULARES DE LA SEMANA SANTA DE CANTILLANA

La Adoración al Santísimo  
y el Monumento Eucarístico.  
Ritos del Jueves Santo  
por José Manuel Barranca Daza

14

## NUESTRO PADRE JESÚS

Una devoción popular centenaria  
Gabinete de redactores

17

## MONOGRÁFICO

Coronación canónica  
de Nuestra Madre  
y Señora de la Soledad

18

Todo un pueblo  
en tu corazón traspasado:  
el Consistorio rinde  
hombres a la Patrona  
por Rocío Campos Delgado

20

«Vi una mujer coronada por doce  
estrellas...». El sentido de coronar  
las imágenes de la Virgen María  
por Juan Miguel Ferrer Grenesche

24

La imagen de Nuestra  
Señora de la Soledad  
por Álvaro Cabezas García

28

## IMAGINUM POTESTAS

Et in Arcadia ego  
por Miguel Ferrera García

30

La Agregación de la Cofradía  
de la Soledad a la Orden Servita:  
documentos inéditos  
por Juan Manuel Daza Somoano

36

Evocaciones en torno  
a la imagen de la Soledad (y II)  
por María de las Mercedes  
Lomas Campos

42

## VIAJE AL PALADAR DE LA FIESTA

La Casineta  
por Miguel Ferrera García

46

## MANUEL BLANCO PINO

El eterno organista de Cantillana  
por Carlos Blanco Tirado

52

## TEMPUS FUGIT

Cristo nunca muere en Cantillana  
por Francisco Merino Espinosa

54

## CARTEL 2024

por Ricardo Pueyo Sastre

# EDITORIAL

**C**lanzamos el tercer número de *Gábata. Revista de la Semana Santa de Cantillana* en esta Cuaresma de 2024. Una cifra que, aunque modesta, nos invita al optimismo, a la alegría de haber logrado que esta publicación pasionista y cantillanera se haya convertido en un componente, creemos, ya tradicional de las celebraciones de Semana Santa en Cantillana. La unión de instituciones públicas, cofradías y todo un amplio colectivo de cantillaneros entusiastas de los ritos cuaresmales que enriquecen nuestra religiosidad popular lo han hecho posible.

Este tercer fruto ve la luz editorial, bajo la atenta mirada de la luna de Paresceve, en el año feliz en que la Patrona de Cantillana va a ser coronada, ratificando así los cantillaneros con un símbolo material su amor ancestral a la Virgen de la Soledad, y en ella a todas las devociones marianas de nuestro pueblo. Una imagen que nos recuerda la soledad de María ante la cruz mientras acoge a los cantillaneros en su santuario desde el siglo XVIII. Un santuario hacia el que los cantillaneros caminan rogando su consuelo hasta en su último viaje.

Los episodios conmemorativos se agolpan y sustentan la cadena devocional que une a pueblo y cofradías de Cantillana, lazos de fe que se remontan hasta 1674 llevados de la mirada compasiva de Nuestro Padre Jesús, Señor de los Pescadores, y titular de una rancia cofradía gremial.

En el ánimo de llenar de vida esos lazos que desde el siglo XXI nos conducen hasta épocas ya muy lejanas, *Gábata* persiste en la labor de consignar para la historia futura muchos de los rituales, algunos lamentablemente perdidos, otros, despojados de su antigua magnificencia; ejemplo de ello es sin duda el antiguo monumento eucarístico cuya estructura priostrial se elevaba cada jueves santo hasta la misma cúpula del presbiterio de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción.

En este anuario de 2024, mantenemos, con nuevos temas, secciones que cada número van consolidando: La esquila, *In ictu oculi*, *Tempus fugit*, Viaje al paladar de la fiesta. Otros artículos nos trasladan al mundo de la añoranza, al Viernes Santo eterno de la memoria de los cantillaneros o a figuras tan destacadas para la música que acompañaba a las liturgias en nuestro pueblo como Manuel Blanco Pino. Mientras el artista creador del cartel de esta Semana Santa de 2024 dedicado a devoción tan señera como es la Virgen del Consuelo nos acerca su discurso artístico

junto a sus sentimientos marianos que ha plasmado en su cartel, pregonero de las celebraciones que nos esperan.

Retorna *Gábata* para en esta tempranera cuaresma de este año, proclamar los usos y costumbres con los que desde hace siglos los cantillaneros, antes unos y ahora otros nuevos pero unidos por el mismo afán, rememoran la Pasión y Muerte de Cristo, antesala ineludible de su Resurrección.

Por ello esta revista no aspira en el fondo más que a ser otra cosa que el griterío ilusionado de los niños de Jerusalén que recibieron alegres a Jesús sobre el pollino, a la vez que encuentra su espejo en la esquila que encabeza con su seria pero rotunda voz la comitiva del entierro de Cristo. Una voz también gozosa porque su resonancia nos conduce con firmeza al mensaje de Misericordia y Caridad de Jesús Resucitado. 🌹



Ángel tenante del grupo escultórico de Nuestro Padre Jesús Nazareno

# LA ESQUILA

## ¿Qué es la Semana Santa?

Texto de Álvaro Dávila-Armero del Arenal

La pregunta del título puede tener muy diferentes respuestas según dónde se haga y a quién se dirija. Para ti, puede ser la pasión con que vives en tu pueblo la salida de tus hermandades; o puede ser una semana en la que no hay colegio y aprovechas para ir de viaje con tu familia; puede ser esa semana que llevas esperando con verdadera ilusión todo el año; o puede ser esa pesadilla en la que no puedes acceder a tu casa porque los pesados de los capillitas tienen tomada la ciudad durante una semana. Para un sacerdote tendrá seguro otra dimensión muy distinta a la del hostelero, el florista o el policía, pero lo que está bastante claro es que todos

participan en ella. No digamos si nos salimos de nuestro ámbito geográfico o incluso religioso, pues a buen seguro las respuestas cada vez se alejen más entre sí, al preguntar a un gallego, a un mallorquín, a un francés, a un ruso, a un judío o a un indio.

Pero no, no nos vamos a ir tan lejos, vamos a quedarnos por aquí, por nuestra tierra. Andalucía es una región donde se espera la llegada de esos días y cualquiera sabría responder que la Semana Santa es una fiesta de carácter religioso, cristiana, en la que se conmemora la pasión, muerte y posterior resurrección de Jesús, o al menos, todos deberían saberlo. Además, cualquiera de



Núñez de Herrera, Sánchez del Arco, Burgos, Colón, Robles, Pastor: buscadores de una definición de la Semana Santa

sus habitantes sería capaz de responder también, que durante esa semana salen numerosas cofradías por las calles, llevando pasos o tronos, con música o en silencio, y que durante esos días, nos acostumbramos a ver por la calle a nazarenos, penitentes, saeteros, acólitos, costaleros, músicos...

Esta gran diversidad que tiene la fiesta es precisamente la que consigue que sean miles y miles de personas quienes se identifiquen con ella. Para el músico, la Semana Santa no es solo tocar marchas detrás de un paso, es ensayar casi todo el año con los compañeros, uniendo su pasión por la música con la banda o la hermandad. Caso similar es el del costalero, que está demostrado que crea un nexo de unión con la cuadrilla que en ocasiones es como el familiar. El joven acólito que lleva un incensario por las calles seguro que vive otros muchos cultos y actos durante todo el año en la hermandad, limpia plata, barre y ayuda a meter cartas en los sobres cuando hace falta. El nazareno es más heterogéneo, pues los tenemos desde los que prácticamente viven en la hermandad, hasta los que van una vez al año para hacer la estación de penitencia, sin más. Todos, absolutamente todos, conforman la hermandad, los de la junta de gobierno y los que se acaban de hacer hermanos, los que acaban de nacer y los que están a tres días de la guadaña.

Los historiadores del arte que somos cofrades vemos la Semana Santa como un gran poliedro. Referente al arte, valoramos las obras antiguas, reconocemos tal o cual pieza y seguimos mentalmente la evolución de cómo se llegó a esa obra, por eso damos tanto valor a las fechas, para poder trazar la historia y poder quedarnos tranquilos al pensar que lo hemos hecho correctamente. Observamos un cortejo y se nos llena el pensamiento de nombres, datos y estilos, y casi sin querer puntuamos automáticamente, o al menos lo encuadramos en tal o cual. Pensamos en la historia de la pieza, de la hermandad o del lugar y así ganamos en contexto. Pero eso es solo una visión desde un punto de vista. El fotógrafo también está pendiente del lugar, pero quizás de otra manera, observando el fondo y la luz, y está más ajeno a si la marcha suena de escándalo o regular. Quizás esté buscando un rostro que refleje la emoción, la sorpresa o la admiración. El andar del paso, ese ligero botecito que lleva la trasera no se le escapa al costalero, al igual que el florista sabe que esas flores no son de Chipiona, sino de unos dos mil trescientos kilómetros más al norte, mientras un prioste piensa que la jarra se cimbra demasiado y se le podría tirar un viento, porque que la cera arda poco y mal ya no tiene solución.

Nuestra Semana Santa es todo eso y mucho más. Además de arte, historia, religión, cultura y sociedad, es emoción y sobre todo identidad, familia, recuerdos. Está en cada una de las personas que la hacen, que la ven, que la sienten de alguna manera. Es una cuestión que está arraigada en nuestra tierra desde hace siglos. Las hermandades configuran gran parte de nuestra sociedad y son eje sentimental, social y económico de una parte importante de la población. La cofradía es una manifestación pública de fe, de eso no hay duda, pero también puede ser el recuerdo más bonito de tu niñez,

**La cofradía es una manifestación pública de fe, de eso no hay duda, pero también puede ser el recuerdo más bonito de tu niñez, el primer abrazo que le diste a la que aún era tu amiga o incluso puede reavivar esa conversación que tuviste con quien ya te falta año tras año**

el primer abrazo que le diste a la que aún era tu amiga o incluso puede reavivar esa conversación que tuviste con quien ya te falta año tras año. Ya se refirió una vez Carlos Colón al poder de relación tan grande que existe entre algunas personas y sus hermandades, de tal manera que pensar en Fulanito es visualizar tal hermandad o ver tal cofradía es acordarse irremediabilmente de Menganito, al instante. Ese es uno de los grandes poderes que tienen nuestras hermandades, en ocasiones casi insustituible.

Muchos de nosotros podemos escribir nuestro árbol genealógico a través de los *libros de hermanos* de algunas corporaciones. La cofradía a veces es el mejor legado, tanto si lo recibes como si eres de los que abres camino y lo inicias. El otro pilar fundamental de todo esto es la devoción a las imágenes y el darle culto lo más dignamente posible. La devoción es tan o más importante que la calidad de la talla, pues hablamos de hermandades y cofradías, no de esculturas que se van a exponer en vitrinas de exposición o salas de museos, aunque algunas desde luego desbancarían a cualquiera de las expuestas. Es por eso que las cofradías en las calles son también una oportunidad para ver arte vivo y arte en movimiento. Ahí le sacamos varios siglos al contemporáneo arte cinético.

Nuestra Semana Santa, la de las cofradías en las calles, lleva veinte más de quinientos años precisamente porque la población se identifica con ellas. No solo ha sobrevivido a toda clase de penurias y avatares históricos, si no que siempre ha renacido con mayor fuerza y grandeza. El secreto de ello ha sido el poder de adaptabilidad, la continua evolución que ha tenido y sigue teniendo. Las hermandades son las personas que las componen, la sociedad del momento, por eso la Semana Santa es nuestra, de la gente, pues a nadie se le olvide que la hacemos nosotros, el pueblo, es nuestra creación, aunque nos rijamos por unas normas eclesíásticas –necesarias– y muchas veces también políticas. Nuestros antepasados la crearon y la fueron modificando según las necesidades de cada tiempo. Ahora nosotros, todos, debemos mantenerla, cuidarla y mimarla. La Semana Santa somos nosotros, tú, yo, tu padre cuando te hizo hermano, tu abuela cuando te regaló la cruz, tu primo cuando salía de nazareno justo detrás de ti. La Semana Santa es también ese amigo de tu padre que te enseñaba que tal cosa se hacía de tal manera y por tal motivo. La Semana Santa abarca tanto como uno haya vivido, porque al final la Semana Santa particular de cada uno, es un inmenso cúmulo de recuerdos, aprendizajes, experiencias, estados emocionales, vivencias y sentimientos que van fuertemente unidos a personas que queremos ¿Qué es la Semana Santa? Pues para mí es una parte imprescindible de mi vida ¿y para ti? 🍷

# IN ICTU OCULI

Símbolo de triunfo,  
paz y vida eterna

El significado de la palmera  
en la Sagrada Entrada en Jerusalén

Texto de José María de la Hera Sánchez



Cuando ya los sabios se habían ido, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. José se levantó, tomó al niño y a su madre y salió de noche con ellos camino de Egipto, donde estuvieron hasta que murió Herodes. Esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había dicho por medio del profeta: “De Egipto llamé a mi hijo”. Así narra el evangelista Mateo el conocido pasaje de la huida a Egipto de la Sagrada Familia para evitar el infanticidio -la matanza de los inocentes- ordenado por Herodes después de la visita de los magos de Oriente, celoso del nuevo rey de los judíos que le habían anunciado que acababa de nacer y de quien temía que pudiera desplazarlo del trono (Mt 2, 13-15).

Menos conocida es, sin embargo, la vieja leyenda apócrifa relacionada con una palmera y acontecida durante este episodio. Cuenta que José y María, durante este exilio, hacen un alto en el camino para descansar y retomar fuerzas en una travesía que tuvo que resultar larga y penosa. Algunos autores aseguran que el periplo transcurrió a lo largo de más de dos mil kilómetros, pues José habría elegido el camino más largo pero también más seguro para evitar a los soldados de Herodes. La Virgen María iría montada en el mismo asno con el que habría entrado en Belén a punto de dar a luz (y que después estuvo en el portal del Nacimiento), ya con su bebé en brazos. El viaje desde Palestina, donde se ubica Belén, hasta la primera ciudad egipcia pasando por Gaza duraba unos siete días. Pero si se añaden los que caminaron una vez dentro de la frontera de Egipto, los expertos calculan que el viaje se prolongó entre doce y catorce días, unas dos semanas. Es fácil suponer que la sed, el hambre y la fatiga serían compañeros de viaje de la Sagrada Familia hasta llegar a su destino, seguramente al norte de El Cairo. En aquellos años existían comunidades judías en Egipto y es lógico pensar que José y María, con su pequeño Jesús, se establecerían al amparo de sus hermanos de religión, durante al menos cuatro años.

Pues bien, la leyenda citada dice que en este extenuante viaje, María, fatigada por el sol, le pide a su marido parar un momento a descansar. Y que una palmera se inclinó sobre la Sagrada Familia para cobijarla bajo su sombra y alimentarla con sus dátiles. El conocido como «milagro de la palmera» viene a poner de relieve el importante papel simbólico de esta especie en las Sagradas Escrituras, en general, y en el pasaje bíblico de la entrada de Jesús en Jerusalén, en particular, objeto de este artículo. En efecto, este acontecimiento está narrado en los evangelios declarados apócrifos por la Iglesia católica, sin que aparezca en los cuatro textos canónicos. La cita es un poco larga, pero creemos que merece la pena reproducirla por su curiosidad y porque muchos lectores es posible que no la conozcan. En concreto, el Evangelio de Pseudo-Mateo dice así: «Y ocurrió que,

al tercer día de su viaje, María estaba fatigada en el desierto por el ardor del sol y, viendo una palmera, dijo a José: “Voy a descansar un poco a su sombra”. Y José la condujo hasta la palmera y la hizo apearse de su montura. Cuando María estuvo sentada, levantó los ojos a la palmera y, viendo que estaba cargada de frutos, dijo a José: “Yo quisiera, si fuese posible, probar los frutos de esta palmera”. Y José le dijo: “Me sorprende que hables así, viendo la altura de ese árbol, y que pienses en comer sus frutos. Lo que a mí me preocupa es la falta de agua, pues ya no queda en nuestros odres y no tenemos para nosotros ni para nuestros animales”. Entonces el niño Jesús, que descansaba, con la figura serena y puesto sobre las rodillas de su madre, dijo a la palmera: “Árbol, inclínate, y alimenta a mi madre con tus frutos”. Y a estas palabras la palmera inclinó su copa hasta los pies de María y arrancaron frutos con que hicieron todos refacción. Y, no bien hubieron comido, el árbol siguió inclinado, esperando para erguirse la orden del que lo había hecho inclinarse. Entonces le dijo Jesús: “Yérguete, palmera, recobra tu fuerza y sé la compañera de los árboles que hay en el Paraíso de mi Padre. Descubre con tus raíces el manantial que corre bajo tierra y haz que brote agua bastante para apagar nuestra sed”. Y enseguida el árbol se enderezó y de entre sus raíces brotaron hilos de un agua muy clara, muy fresca y de una extremada dulzura. Y, viendo aquella agua, todos se regocijaron y bebieron ellos y todas las bestias de carga y dieron gracias a Dios».

Añade el pseudoevangélista que, en agradecimiento, antes de partir a la mañana siguiente, el pequeño Jesús concedió a la palmera el privilegio de que una de sus hojas fuera plantada en el paraíso: «Yo te concedo, palmera, el privilegio de que una de tus ramas sea llevada por mis ángeles y plantada en el Paraíso de mi Padre. Te quiero conferir este favor, para que se diga a aquellos que hayan vencido en cualquier lucha: has obtenido la palma de la victoria». Y, mientras decía esto, he aquí que un ángel del Señor apareció sobre la palmera y, tomando una de sus ramas, voló hacia el cielo con ella en la mano». De ahí que a los mártires de la Iglesia católica se les represente iconográficamente con la palma de la victoria como símbolo de una muerte heroica que les conduce directamente al cielo prometido, extremo que comparten muchas culturas y religiones antiguas. Entre otras cosas, porque la hoja de la palmera es elástica y resistente.

La palmera generosa que alimentó con sus dátiles a la Sagrada Familia y le regaló sombra y agua limpia y abundante durante la huida a Egipto, inclinándose con pleitesía, vuelve a aparecer cargada de simbolismos cuando, más de tres décadas después, Jesús, en la plenitud de su vida pública, entra en Jerusalén para celebrar la Pascua en vísperas de su Pasión y Muerte. El evangelista Juan recoge la escena de la siguiente manera: «Al día siguiente, al enterarse la numerosa muchedumbre que había llegado para la fiesta, de que Jesús se dirigía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a su encuentro gritando: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el

## La palmera generosa que alimentó con sus dátiles a la Sagrada Familia y le regaló sombra y agua limpia durante la huida a Egipto, inclinándose con pleitesía, vuelve a aparecer cargada de simbolismos cuando Jesús, en la plenitud de su vida pública, entra en Jerusalén para celebrar la Pascua

Rey de Israel!» (Jn 12, 12-13). Otra vez la palmera. Por cierto, en los albores del que a la postre, a la vuelta de sólo unos días, iba a ser el martirio de Jesús de Nazaret. Si bien es cierto que el resto de los evangelistas canónicos hablan de ramas de árboles, sin especificar especies, que incluso echaban a los pies para alfombrar el suelo sobre el que iba a pasar Cristo. Se establece así una analogía entre el milagro narrado en el texto apócrifo y la escena de la Sagrada Entrada de Jesús en Jerusalén cuyo nexos de unión es, precisamente, la palmera. Esa palmera de amplias resonancias simbólicas en la cultura judía, cuya reverencia y tributo hacia Cristo se traslucen en ambos acaecimientos.

Los pasos de misterio que escenifican la entrada de Jesús en Jerusalén, popularmente conocidos como de la borriquita, que cada año abren la Semana Santa en nuestros pueblos y ciudades, presentan una palmera a la que, por cierto, ha trepado el pequeño «Zaqueo» para presenciar mejor el histórico acontecimiento o, más bien, para talar las ramas con que aclamar al Mesías. Pero no sólo en los pasos procesionales, sino que la palmera es un elemento recurrente en las representaciones plásticas de la entrada de Cristo en Jerusalén a lo largo de la historia del arte, y no sólo en el arte cofrade.

La palmera que alimentó a María por orden del Salvador se pone de nuevo a los pies del Nazareno en Jerusalén en una escena que cuentan los cuatro evangelistas con pequeñas diferencias pero de igual manera en los aspectos fundamentales, cumpliéndose la profecía de Zacarías: «He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno» (Zac 9, 10).

Por todo lo expuesto, la palmera no es una especie arbórea más ni aparece por casualidad en estas escenas sagradas. Como tantos otros elementos religiosos, está cargada de un simbolismo espiritual que trasciende lo puramente físico y material. En diferentes libros de la Biblia (Cantar de los Cantares, Salmos, etcétera), la palmera aparece como un árbol grande, alto, recto (como metáfora del crecimiento de los justos), además de ser un árbol que se eleva hacia el cielo y de gran perdurabilidad (el ascenso hacia la divinidad, lo incorruptible, lo eterno). No en vano, una palmera datilera como la que alimentó a la Sagrada Familia en su huida a Egipto puede llegar a vivir en torno a los 400 años. Ya lo cantaba Pepe Pinto: «Tenía que durar una madre / lo que dura una palmera». 🌴

(En la página anterior)  
El Señor de la Sagrada Entrada en Jerusalén en su paso procesional la tarde del Sábado de Pasión  
Foto: Estudio Imagen

# IDENTIDAD Y MEMORIA

## RITOS SINGULARES DE LA SEMANA SANTA DE CANTILLANA

### La Adoración al Santísimo y el Monumento Eucarístico. Ritos del Jueves Santo

Texto de José Manuel Barranca Daza

La institución cantillanera, que en 1561 vio aprobadas sus reglas, siendo una de las hermandades sacramentales más notables de la comarca, con un impresionante patrimonio, que desgraciadamente perdió en la Guerra Civil

1 F. J. Arias Solís, «Hermandad Sacramental: aproximación histórica a sus orígenes y patrimonio artístico desaparecido», *Dives in Misericordia*, 1 (2006), pp. 12-20.

2 Archivo de la Archicofradía Sacramental de Cantillana (AASC), Libro de matrícula de hermanos, 1685.

3 J. Cañavate Rodríguez, «Los domingos de Minerva de la Sacramental de Cantillana», *Dives in Misericordia*, 9 (2014), pp. 32-36.

4 F. J. Arias Solís, «Hermandad Sacramental: aproximación histórica...», art. cit.

El Triduo Pascual es el eje fundamental de la conmemoración de la Pasión y Muerte del Señor. Aunque cuando hacemos referencia a la Semana Santa, lo primero que nos viene a la mente, lo que más nos llama la atención sean las procesiones y estaciones de penitencia de nuestras cofradías, la celebraciones puramente litúrgicas de los misterios pasionistas son el centro de esos días grandes del calendario cristiano. El Jueves Santo comienza el Triduo Pascual con los conocidos popularmente como los *Oficios*, en los que se conmemora la Última Cena del Señor (evocación de la cena pascual judía), durante la cual instituyó la Eucaristía y el Sacerdocio, y se recuerda el lavatorio de los pies a los discípulos. A continuación es costumbre exponer la Eucaristía de una manera solemne, en un altar efímero ricamente exornado, preparado para la ocasión, denominado *Monumento*, ante el cual los fieles pueden dedicar unos momentos a la oración tras la celebración de la Misa. Mucha fue la importancia que tuvieron las celebraciones del Jueves Santo en nuestro pueblo, protagonizadas por las celebraciones litúrgicas y el culto eucarístico, puesto que la sociedad local destacó a lo largo del tiempo por su profunda religiosidad y la conciencia de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento del Altar. Este fervor eucarístico tuvo como cauce desde el siglo XVI la Archicofradía del Santísimo Sacramento, una de las instituciones religiosas más notables y de mayor solera de la villa de Cantillana.

Su fundación se ha venido atribuyendo tradicionalmente a la noble dama castellana, hoy Venerable, Doña Teresa de Enríquez y Alvarado<sup>1</sup>, que en 1511 visitó Sevilla y fundó las primeras Sacramentales hispalenses. En este contexto tiene su origen la institución cantillanera, que en 1561 vio aprobadas sus reglas, siendo una de las hermandades sacramentales más notables de la comarca, con un impresionante patrimonio, que desgraciadamente perdió en la Guerra Civil. De ella fueron hermanos los Condes de Cantillana así como importantes personajes de la historia local. En el libro de matrículas de la hermandad, aparecen asentados en 1702 don Manuel Vicentelo y su esposa, y en 1800, don Juan Antonio Ponce de León y su esposa, Condes de Cantillana<sup>2</sup>. Era costumbre en nuestro pueblo inscribir a los primogénitos de las familias como hermanos del Santísimo; cuando un hermano fallecía, el primogénito recibía la “herencia de vela”, por la cual pasaba a ser cofrade sin necesidad de pagar la cuota de entrada. De la riqueza que tuvo nos hablan también los diferentes Libros de visitas, en los que aparece como una de las hermandades con mayor renta.

Cada tercer domingo de mes celebraba fiesta y procesión de Minerva<sup>3</sup>, también festejaba con toda solemnidad la Fiesta del Corpus Christi, dos fiestas en la Infraoctava del Corpus y otra fiesta similar el Jueves Santo<sup>4</sup>. Para esta última costeó un fastuoso Monumento que, sin duda, a pesar de su destrucción, es el elemento más llamativo de las celebraciones litúrgicas del Jueves Santo cantillanero. El célebre Monumento, a pesar de su carácter efímero, fue de las pérdidas que más lamentaron nuestros mayores tras la Guerra Civil, admiración que todavía causa en las generaciones actuales cuando vemos las fotografías que se conservan. Seguía el modelo del de la catedral de Sevilla y su magnitud nos habla del poderío que la Parroquia y la Sacramental tuvieron en otros tiempos.





Monumento al Santísimo de San Pedro de Antequera



Monumento al Santísimo de San Juan de Marchena. Presenta grandes similitudes con el de Cantillana

Monumento al Santísimo Sacramento instalado en la parroquia durante la Semana Santa

5 J. M. Barranca Daza, «El antiguo Monumento del Jueves Santo de la Hermandad Sacramental», *Dives in Misericordia*, 6 (2011), pp. 18-21.

6 R. de la Campa Carmo-  
na, «El Monumento del  
Jueves Santo. El caso de  
la Catedral de Sevilla»,  
en VVAA, *Minerva. Litur-  
gia, fiesta y fraternidad  
en el barroco español: Actas del I Congreso  
Nacional de Historia  
de las Cofradías Sa-  
cramentales*, Segovia,  
2008, pp. 484-496.

Monumento de la Cate-  
dral de Sevilla



El origen de estos Monumentos deriva de la ausencia de Misa en el Viernes Santo, jornada en que se conmemora la Muerte del Cristo. El Jueves Santo tras la Misa se reserva la Eucaristía para la comunión del día siguiente. Con el auge de la piedad eucarística, esta reserva deja de efectuarse en la sacristía y comienza a realizarse en un lugar dispuesto *ad hoc* en el interior del templo. Esta costumbre la encontramos constatada en Roma ya en el siglo XII y el *ceremoniale episcoporum*, publicado en 1600 (en pleno auge de la exaltación eucarística auspiciada por la Contrarreforma), detalla definitivamente todos los elementos para el ritual romano. A todo esto hay que añadir el simbolismo de la costumbre bajomedieval de levantar un sepulcro votivo a Cristo en el que, dentro de un Sagrario preparado a tal afecto, se depositaba la Eucaristía, que era velada hasta el alba de Pascua, en que de nuevo era trasladada al Altar.

En estos Monumentos el Santísimo era reservado en un arca, normalmente de plata o materiales nobles, y la norma prohibía la representación de imágenes en ellos, prohibición que muchas veces no se respetaba, como ocurría en nuestro pueblo. El apogeo del culto eucarístico después del Concilio de Trento lleva a la ejecución de arquitecturas efímeras ejecutadas para la reserva del Santísimo, sobre todo en las principales catedrales y parroquias. Fundamentalmente en el Barroco, la grandiosidad y magnificencia de esas construcciones transitorias eran muestra de ostentación y del poder del templo en que se erigía. En su génesis es necesario relacionar este asunto con la construcción de túmulos funerarios y grandes capillas ardientes para honrar la muerte de algún personaje notable. Su uso, desarrollado desde la antigüedad más remota, fue muy prolífico durante el siglo XVI y de la monumentalidad de aquellas capillas iluminadas con cientos de velas tomó sin duda partido la entusiasta religiosidad moderna, que no dudó en aplicar el concepto ancestral de homenaje póstumo a la muerte sobre todas las muertes que desencadena antagónicamente la vida nueva. El hecho de que el Monumento pascual sea sepulcro de un cuerpo vivo demuestra patentemente el triunfo de Cristo ante la muerte por medio de su gloriosa Resurrección y también hacen referencia al Templo de Salomón donde se custodiaba el Arca de la antigua alianza<sup>5</sup>.

Estos aparatos efímeros fueron elaborados en madera y decorados generalmente con imitación de jaspes o mármol blanco y molduras, cornisas y demás elementos en oro. Solían tener cuatro caras, en las cuales se repetía el modelo de arcos de triunfos superpuestos en varios cuerpos<sup>6</sup>. El cabildo catedralicio de Sevilla encargó en 1559 un Monumento con forma de torre exenta de varios cuerpos superpuestos y decrecientes al insigne arquitecto Hernán Ruiz II, quien poco después diseñó el campanario de la Giralda, utilizando una estructura muy parecida en ambas composiciones. Se trataba de un suntuoso Monumento turriforme con planta de cruz griega con tres cuerpos al que en 1624 se le añadió otro cuerpo más, por lo que llegó a alcanzar veinticinco metros de altura.<sup>6</sup> Enriquecían el conjunto ciento cuarenta lámparas de plata y quinientos ochenta cirios y velas blancas. Comportaba un complejo programa iconográfico con profusión de figuras alegóricas referentes a la Historia de la Salvación y a la Eucaristía, con un Calvario como remate.

En la Archidiócesis hispalense, las principales iglesias van a imitar el modelo catedralicio para el diseño de sus respectivos Monumentos. Así, en el contexto de la cosmopolita y fervorosa Sevilla barroca, Rodrigo Caro manifiesta: «imitan a su cabeza los demás miembros de esta ciudad, así en los monumentos de Semana Santa, como en la celebración particular del Santísimo Sacramento, haciendo cada parroquia y convento tantas demostraciones en la una y la otra celebridad que sin duda ninguna excede Sevilla a to-

das las ciudades de la Iglesia Católica, como lo confiesan los extranjeros, que de todas las naciones aquí concurren»<sup>7</sup>.

El ampuloso Monumento de Cantillana<sup>8</sup> se montaba en el centro de la Iglesia Parroquial, ante el Altar Mayor. Para su instalación la Hermandad Sacramental tenía que contratar una cuadrilla de operarios que trabajaba durante semanas, cubriendo primero el retablo mayor con un velo morado, tal como prescribía la liturgia, y elevando después las piezas de ese inmenso puzle, que poseía cuatro caras y tres cuerpos en forma decreciente<sup>9</sup>. Estaba realizado en madera decorada de blanco con elementos dorados; el cuerpo inferior se componía de dieciséis columnas de orden dórico, cuatro en cada ángulo, sustentadas sobre una base rectangular. Apoyada en las columnas, corría una amplia cornisa, sobre la que se situaba un frontón triangular en cada cara. El interior de este cuerpo contenía otro templete de menor tamaño sobre unas gradas y alojaba la rica custodia de plata (también desaparecida<sup>10</sup>), donde se exponía la arquetra en la que se reservaba el Santísimo. Según se puede observar en los documentos gráficos que se conservan, alumbraba al Señor una gran profusión de cera (de color blanco, como ordenaba la liturgia).

El segundo cuerpo constaba de ocho columnas de orden jónico y se remataba con una bóveda de falsa arista. En el centro de este cuerpo se colocaba una imagen de Nuestro Señor Jesucristo realzando el carácter sacrificial de la Eucaristía, en la cual se renueva la Pasión y Cristo se muestra como el verdadero Rey. Esta imagen del Redentor estaba rodeada o custodiada por ocho figuras de los profetas a tamaño natural (como vaticinadores de la llegada del Mesías salvador y que hacían visible el vínculo entre el Nuevo y el Antiguo Testamento, en tanto en cuanto el nacimiento de Cristo y su muerte salvífica sellan definitivamente una Nueva Alianza, que ilumina y actualiza la Antigua Alianza de Dios con el Pueblo Elegido de Israel), que se situaban sobre ocho pedestales apoyados, al igual que una balaustrada, sobre la cornisa del cuerpo inferior. El citado simulacro de Cristo era la devota efigie de Nuestro Padre Jesús de la Tribuna, imagen pasionista de tamaño natural para vestir que representaba al Señor maniatado ante una baranda o balaustrada evocando el balcón de Pilatos, desde el que Cristo fue presentado al pueblo de Jerusalén (por esta especie de balconcillo recibía la advocación de la Tribuna). Poseía túnica de terciopelo bordada en oro y potencias de plata<sup>11</sup>, y recibía culto en su altar propio de la nave del Evangelio del templo parroquial, donde actualmente se encuentra el altar de la Virgen de Fátima. El Señor de la Tribuna gozó de la veneración de los cantillaneros y consta que a lo largo del siglo XIX se celebraba en la Cuaresma un quinario en su honor, así como otras misas rezadas que sus devotos le ofrecían<sup>12</sup>. En 1936 tanto la imagen como su retablo fueron destruidos.

Ese segundo cuerpo se remataba con una cartela en cada una de las caras o fachadas con símbolos Eu-

## El origen de estos Monumentos deriva de la ausencia de Misa en el Viernes Santo, jornada en que se conmemora la Muerte del Cristo. El Jueves Santo tras la Misa se reserva la Eucaristía para la comunión del día siguiente en un lugar dispuesto *ad hoc* en el interior del templo

carísticos y terminadas por un frontón curvo; en el frente aparecía el Cordero místico sobre el Libro de los Siete Sellos. Seguidamente se alzaba a modo de remate el tercer cuerpo, que contaba con cuatro esculturas de profetas, de tamaño inferior al natural, situadas sobre pedestal en cada una de las esquinas. En el centro, un cuerpo rectangular sobre el que se erigía un alto pedestal rodeado de cuatro remates en formas de obelisco sobre el que se situaba coronando el conjunto una imagen de Cristo crucificado. El significado iconográfico de Cristo Crucificado en la cúspide del monumento alude a la culminación del mensaje evangélico de Jesucristo, necesario para la Redención de la Humanidad y la participación de la Divinidad mediante la Eucaristía.

Este crucificado era el Santo Cristo de la Caridad, que durante el año se veneraba en el altar del Señor de la Humildad y Paciencia, junto a la puerta del Palacio. Se trataba de un Crucificado que poseía sudario textil y corona y potencias de plata<sup>13</sup>, y que era uno de los tres de esta advocación que hubo en nuestro pueblo, junto al del Hospital de Todos los Santos, llamado popularmente como Cristo del Hospital, que luego recibió culto en el altar de San Pedro, y el pequeño crucificado del Convento de San Francisco, que todavía se conserva.

En 1862 hay constancia de que el dorador don José Real restauró el monumento y las imágenes de los Profetas que se colocaban en el mismo<sup>14</sup>. En los libros de cuentas de la hermandad es constante a lo largo de los siglos XIX y XX la referencia a partidas destinadas a la cera del Monumento, así como el salario para las personas encargadas de su montaje<sup>15</sup>. Cuando en 1936 la iglesia fue saqueada y todo el valioso conjunto artístico que atesoraba destruido, también saquearon y tiraron al Guadalquivir casi la totalidad de los enseres de la Archicofradía Sacramental, entre ellos este singular Monumento, que desmontado se guardaba en la casa-taller de la Plaza del Palacio, local que también fue saqueado. Del monumento solo se conservan algunos candeleros que guarda la hermandad. Pasada la Guerra Civil, a pesar de las lamentables pérdidas materiales, la Sacramental, adaptada a las nuevas circunstancias que se presentaban, siguió cada Jueves Santo levantando de una forma digna, aunque mucho más modesta, el Monumento, utilizando a partir de los años 50 la nueva custodia de plata y otros enseres, como todavía sigue haciendo cada Jueves Santo, manteniendo así su función, que es lo realmente importante, y cumpliendo así lo establecido en sus reglas de dar culto a Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

7 R. Caro, *Antigüedades y Principado de la Ilustrísima Ciudad de Sevilla y Corografía de su Convento Jurídico o antigua Chancillería*, Sevilla, Andrés Grande, Impresor de Libros, 1634, l. III, cap. 10, fol. 68, col. 1.

8 Al igual que ocurrió en Cantillana, otras parroquias también imitaron el Monumento de la Catedral hispalense, como San Juan de Marchena, San Pedro de Carmona o San Sebastián de Antequera, entre otras.

9 J. M. Barranca Daza, «El antiguo Monumento del Jueves Santo...», art. cit.

10 De la antigua custodia se conserva la alegoría de la Fe, que fue reaprovechada y remata en la actualidad la custodia de asiento que procesiona en el Corpus de Cantillana.

11 Archivo Parroquial de Cantillana (APC), Inventario de 1896.

12 APC, Libro de defunciones nº 14.

13 APC, Inventario de 1896.

14 F. J. Arias Solís, «Hermandad Sacramental: aproximación histórica...», art. cit.

15 AASC, *Libro de las cuentas de la hermandad del Santísimo Sacramento de esta Villa que dio principio con las cuentas recibidas por D. Juan María Machado el día 18 de enero de 1849*.

## Los cantillaneros durante el Jueves Santo, después de los Oficios, hacían siete estaciones o visitas en estos sagrarios, rito al que se denominaba «hacer las estaciones». Por ello, los citados templos permanecían abiertos, en el caso de San Bartolomé hasta la salida del Señor y la Virgen del Consuelo a las dos de la madrugada

16 AASC, Libro de matrícula de 1685.

17 *Calendario Litúrgico Pastoral 2022-2023*, Conferencia Episcopal Española.

18 [https://www.cope.es/religion/hoy-en-dia/semana-santa/noticias/tradicion-visita-los-monumentos-viernes-santo-20190416\\_395947](https://www.cope.es/religion/hoy-en-dia/semana-santa/noticias/tradicion-visita-los-monumentos-viernes-santo-20190416_395947).

19 M. A. Ramos Suárez, «El Monumento Eucarístico del Jueves Santo de la Parroquia de San Juan de Marchena (Sevilla)», *Archivo Hispalense*, 288-290 (2012), pp. 207-316.

En torno a la presencia de Jesús Sacramentado giraba una serie de ritos del Jueves Santo, que comenzaban con los Oficios. Era costumbre antigua, mantenida hasta hace escasos años, que la junta de gobierno de la Archicofradía Sacramental presidiera la celebración, pues no en vano, era una de las dos fiestas más importantes que tenía durante el año; y al finalizar los Oficios, al igual que se sigue haciendo, acompañaban y alumbraban con cirios al Señor en su solemne traslado hasta el Monumento, portando además los varales del palio.

En esta fiesta grande de la Cofradía del Santísimo, se recibían a los nuevos hermanos y se hacía con un curioso ritual una vez que el Señor estaba en el Arca Eucarística del Monumento, ante el cual se colocaba un reclinatorio. El nuevo hermano, arrodillado y con una vela en su mano, respondía a las preguntas que formulaba el hermano mayor y desde aquel instante comenzaba a formar parte de esta antigua corporación. En los libros de matrícula que la Sacramental conserva en su archivo se lee constantemente la referencia de que el hermano fue recibido el Jueves Santo<sup>16</sup>.

Desde que terminaban los Oficios, los fieles acudían a adorar al Santísimo durante toda la tarde y noche en los turnos de vela. El primer turno de vela por tradición le corresponde a la Sacramental, así se continúa haciendo en la actualidad, pero antaño estos turnos se prolongaban hasta la madrugada y se recuerda cómo los que asistían a los últimos turnos esperaban la llegada de Nuestro Padre Jesús y la Virgen del Consuelo para el Sermón de Jesús a punto de despuntar el alba del Viernes Santo.

De 11 a 12 de la noche tiene lugar la Hora Santa. Durante la Hora Santa se rememora la agonía y la oración de Jesús en el huerto, su traición por Judas y el prendimiento, y se acompaña espiritualmente a Cristo en esos dolorosos momentos adorándolo en la Eucaristía. La finalidad es agradecer a Jesucristo el don de la Eucaristía y del Sacerdocio que instituyó aquella noche santa del Jueves Santo y confortarlo en la soledad y sufrimientos en el Huerto de Getsemaní, así como en las afrentas recibidas durante aquella noche. Ante el Monumento, donde se reserva al Señor Sacramentado, le damos gracias por su Pasión, de la que fuimos causa y con la que nos redimió, le pedimos perdón por el abandono con el que con frecuencia lo dejamos en el Sagrario. Hasta la medianoche la adoración se hace de forma solemne (con

todas las velas encendidas). Pasada la medianoche se debe hacer sin solemnidad (solo alumbrado con dos luces), dado que ha comenzado el día de la Pasión del Señor<sup>17</sup>. El Viernes Santo la reserva permanece en el Monumento hasta el momento de la comunión en los oficios.

Mucho celo tuvieron los antiguos párrocos en la brillantez de los Oficios del Jueves Santo y la masiva participación del pueblo fie. Así, D. Francisco Márquez, cuando un grupo de jóvenes fundaban la Cofradía de Nazarenos del Cristo de la Misericordia, que curiosamente décadas después terminó fusionándose con la Sacramental, ante la intención de hacer Estación de Penitencia el Jueves Santo, los persuadió para que lo hiciese el Miércoles Santo y así no enturbiar el culto eucarístico de esta jornada con la organización de una cofradía en el momento en que se está adorando al Señor.

En Roma, San Felipe Neri (1515-1595) impulsó la costumbre de visitar los siete Monumentos en la noche de Jueves Santo y en la mañana del día siguiente, como forma de unirse a Jesucristo en su Pasión. Organizó estas visitas a siete históricas iglesias romanas: las cuatro Basílicas mayores (San Pedro, Santa María la Mayor, San Pablo Extramuros y San Juan de Letrán) y las iglesias de San Lorenzo, Santa Cruz y San Sebastián. Estas siete visitas simbolizan el ir y venir de Jesús en la noche de la traición, lo que ha dado lugar al dicho popular «ir de Herodes a Pilatos». Las siete visitas recuerdan la oración y agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos, que Jesús es prendido y llevado a la casa de Anás, de casa de Anás lo trasladan al tribunal de Caifás, Caifás ordena que lo lleven ante Pilatos en el Pretorio, Pilatos a su vez lo envía al palacio de Herodes, de Herodes es llevado de nuevo ante Pilato que, tras flagelarlo lo entrega para que lo crucifiquen después de lavarse las manos y por último, Jesús carga con la Cruz hasta el Calvario donde muere crucificado y es enterrado en el Santo Sepulcro<sup>18</sup>; se recuerdan también en estas visitas las siete efusiones de sangre del Salvador.

Los Papas y Cardenales respaldaron la iniciativa y la enorme popularidad que alcanzaron estas visitas (respaldadas además por Indulgencia Plenaria y otros privilegios) hizo que se propagaran rápidamente por todo el mundo y llegó hasta Cantillana la tradición de visitar los sagrarios. El hecho de que el Monumento tuviese cuatro caras, al igual que ocurría en otros lugares<sup>19</sup>, servía para que en cada una de ellas se hiciese una estación de las siete previstas, continuando las tres restantes en otras iglesias de la localidad: de esta forma, además de al templo parroquial donde se encontraba el Monumento y se realizaban las cuatro mencionadas visitas, los fieles acudían a los sagrarios expuestos en la Misericordia, San Bartolomé y el Convento de San Francisco, completando así las siete visitas eucarísticas estipuladas. Los cantillaneros durante el Jueves Santo, después de los Oficios, hacían siete estaciones o visitas en estos sagrarios, rito al que se denominaba «hacer las estaciones». Por ello, los



citados templos permanecían abiertos, en el caso de San Bartolomé hasta la salida del Señor y la Virgen del Consuelo a las dos de la madrugada, propiciando el hecho de que algunas mujeres lo acompañaran durante la madrugada hasta la hora de la salida. Cuando los franciscanos se marcharon de nuestro pueblo, se mantuvo la costumbre de acudir al convento a hacer la correspondiente estación, aunque posiblemente ya no hubiese allí sagrario.

Esta costumbre de visitar los sagrarios o hacer las estaciones fue quedando en desuso con la llegada del Concilio Vaticano II y el cambio de los Oficios por la tarde, centralizándose desde entonces todo el culto Eucarístico en el Monumento. Posteriormente comenzó la costumbre de ofrendar claveles blancos, una tradición que mantenían muchos particulares, especialmente personas allegadas a la parroquia y a la Sacramental, así como las hermandades, todavía algunas personas se acercan a dejar claveles la mañana del Jueves Santo para que por la tarde exornen el Monumento.

Aunque no revista la fastuosidad de antaño, cada año la Real Archicofradía del Santísimo Sacramento levanta el Monumento, actualmente en el coro bajo del templo, utilizando habitualmente la custodia de torre del Corpus. Una vez que terminan los Oficios, Jesucristo Sacramentado es llevado bajo palio y depositado en el Arca Eucarística que posee la parroquia. Allí, aunque con menor afluencia que en otros tiempos, muchos fieles se acercan a adorar al Señor.

En el ocaso, irrumpe por la puerta del Palacio la bellísima Dolorosa del Consuelo, la que fue el primer sagrario de Nuestro Señor llega ante el Monumento. El alborozo y el bullicio de la calle contrasta con el profundo silencio del templo y la Hermandad del Consuelo se dispone a hacer Estación de Penitencia ante Jesucristo Sacramentado, fundamento de su salida procesional, en la tarde del Amor Fraternal. A las puertas, las notas de la marcha Corpus Christi, reciben a la Virgen cuando emprende el regreso a San Bartolomé. Horas más tarde, es Nuestro Padre Jesús Nazareno el que con las primeras luces del Viernes Santo llega al mismo sitio. Los hermanos de su cofradía con sus hábitos morados, pasaran ante el Monumento haciendo genuflexión, posteriormente los pregones del Sermón de Jesús resonaran como desde hace siglos ante la presencia del Santísimo.

Atrás quedó para siempre el fastuoso Monumento de la Sacramental, las estaciones en los templos para visitar los sagrarios y el boato y la solemnidad de los Oficios; pero el pueblo cristiano de Cantillana y la Real Archicofradía Sacramental siguen cada Jueves Santo recordando la Última Cena del Señor, en la que se instituyó el Sacramento de la Eucaristía. Pocos días hay en el año más señalados para recibir la santa comunión y para acompañar a Jesucristo ante el Monumento en estas horas de su agonía en el huerto y de su Pasión. Él, que venció a la muerte con su Muerte y resucitó triunfante, se nos ofrece continuamente en la Eucaristía como alimento divino, Pan de Vida. 🌹

▲  
Monumento al Santísimo exornado con los populares claveles blancos, 1995  
Foto: archivo fotográfico de José Manuel González y Fran Ramos



# NUESTRO PADRE JESÚS

## UNA DEVOCIÓN POPULAR CENTENARIA

En el CCCL aniversario de la existencia documentada de su cofradía (1674-2024)

Texto del Gabinete de redactores

▲  
Arco toral de la capilla del Señor en San Bartolomé con pintura al fresco de José Antonio Ferrera

**L**a Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Señor de los Pescadores, celebra en 2024 una importante efeméride: trescientos cincuenta años desde la datación de la referencia documental más antigua conocida, fechada en 1674. En ese documento el Visitador del Arzobispado de Sevilla que se desplaza hasta Cantillana, en el expediente manuscrito donde consigna los datos recopilados en su visita, da noticia de las cofradías existentes en la villa y se refiere textualmente a «la de Jesús Nazareno. Lo que se suele juntar de limosna cada año son 850 maravedís. Tuvo de alcance el mayordomo 3800 maravedís» (fig. 1). Con la indicación explícita de la gestión económica y de la existencia de un cargo corporativo

como el de mayordomo, esta referencia documental demuestra de forma inequívoca la existencia de la hermandad de manera institucionalizada ya en 1674, aunque es muy probable que la fundación de la cofradía sea muy anterior.

Estos datos documentales aparecen recogidos en el *Libro de Visitas 1445*, conservado en el Archivo General del Arzobispado de Sevilla bajo la signatura 05155 AGAS/II/Visitas. Este documento fue objeto de un estudio en 1997 a cargo de la profesora María del Carmen Calderón Berrocal, que se publicó en los *Cuadernos de Historia Local* (publicación científica editada por el Ayuntamiento de Cantillana) con el título de «Cantillana en los Libros de Visitas del Arzobispado de Sevilla. Siglo XVII».

Tres siglo y medio, como mínimo, en que la antigua y devota imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, venerada en su capilla de la ermita de San Bartolomé, no ha dejado de ser el centro de una firme y honda devoción de todo el pueblo de Cantillana, que se refiere a él de forma popular y piadosa como *Nuestro Padre Jesús*, el *Señor de San Bartolomé* o simplemente *El Señor*. Fue especialmente venerado antaño por el gremio de los pescadores cantillaneros, lo que hizo que se acuñara el sobrenombre de *Señor de los Pescadores* para el Nazareno. La trayectoria devocional de Nuestro Padre Jesús está jalonada de sencillas, pero elocuentes muestras del fervor popular que suscita en Cantillana, como las visitas matinales para rezar ante sus plantas y las visitas de los viernes, la ventana construida en su capilla para poder ser contemplado y rezarle desde la calle, las devotas cumpliendo promesas con velas encendidas que caminan tras su paso en la madrugada del Viernes Santo, los episodios de la Guerra Civil en que la bendita imagen no fue destruida por la providencial y heroica intervención de sus devotos, la carismática cruz de carey («del mejor que hubiere», como indica el contrato de la pieza, que se conserva) que en 1711 le ofreció su hermandad y todavía pertenece al ajuar de la imagen, la suntuosa túnica bordada del siglo XVIII que completa

Tres siglo y medio, como mínimo, en que la antigua y devota imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, venerada en su capilla de la ermita de San Bartolomé, no ha dejado de ser el centro de una firme y honda devoción de todo el pueblo de Cantillana

su iconografía, las interesantísimas pinturas murales de su bóveda de su capilla (con un rico programa iconográfico y bíblico-doctrinal para el *Isaac divino*), la pervivencia constante de sus cultos y procesión a pesar del declive que sufrió la cofradía en el siglo XIX, las rogativas y procesiones de acción de gracias de 1855 con motivo de la epidemia de cólera (recogidas

Nuestro Padre Jesús Nazareno por la Plaza del Sagrado Corazón de Jesús  
Foto: Estudio Imagen



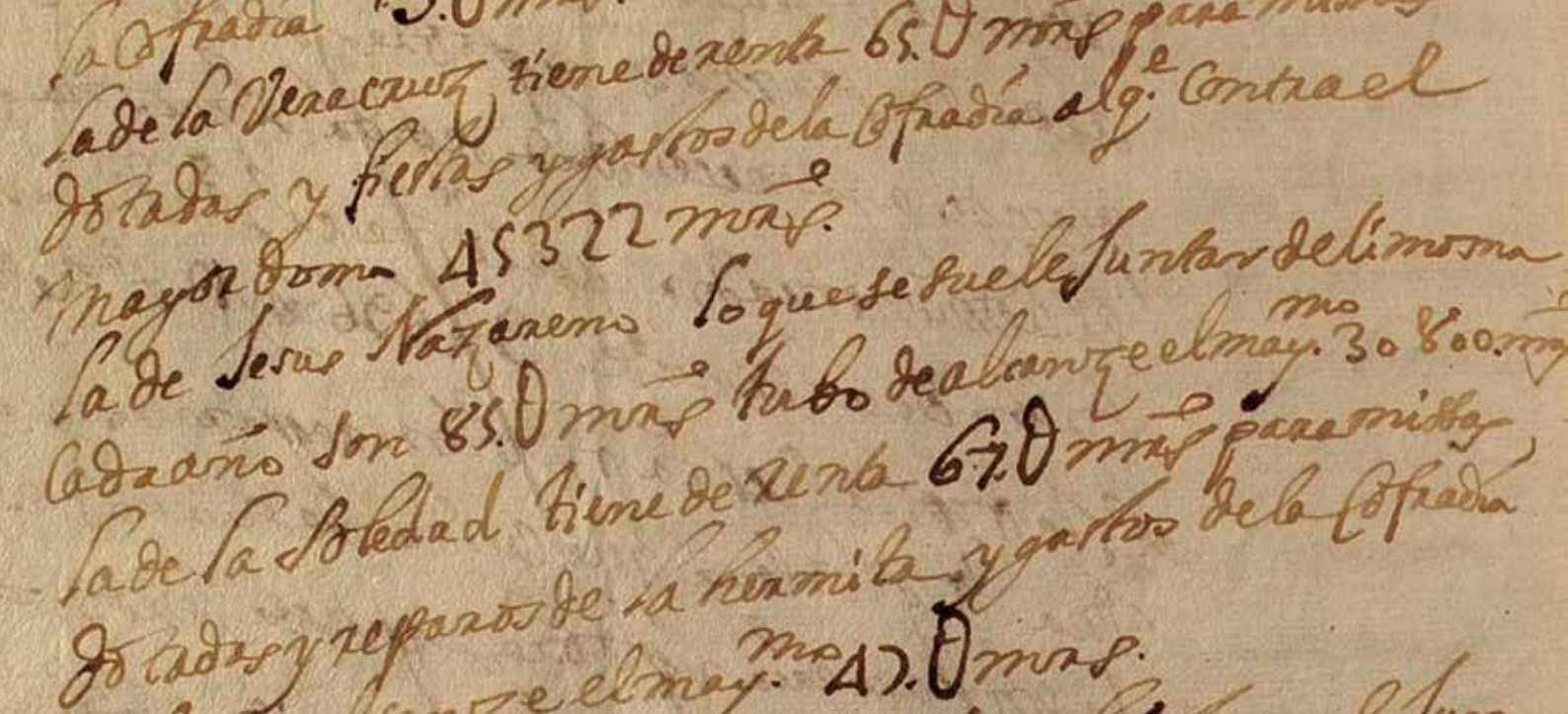


Fig. 1. Referencia documental que constata la existencia de la cofradía ya en 1674

en los libros de fábrica del archivo parroquial), las misiones populares con la imagen del Señor en 1961 o la imposición de la medalla de oro de la villa concedida por el ayuntamiento en 1998.

Ya en el siglo XVII consta documentalmente que la cofradía realizaba su estación de penitencia en la madrugada del Viernes Santo, tal como ocurre actualmente. Durante esta procesión penitencial, se celebran desde muy antiguo una serie de ritos que la hacen particular y que por fortuna han pervivido con pocas alteraciones hasta nuestros días. Se trata del paso del cortejo por la antigua cárcel donde Jesús bendecía a los presos, la bendición de los campos de La Vega del Guadalquivir al amanecer del Viernes Santo desde la Plaza del Palacio (propiciando uno de los momentos más bellos y evocadores de la Semana Santa cantillanera) y, sobre todo, el antiquísimo Sermón de la Pasión que en Cantillana es denominado *Sermón de Jesús*, en el que todavía hoy se canta el Pregón del Ángel y la Sentencia de Pilatos, textos ancestrales entonados por vecinos del pueblo, y del que se tiene constancia documental ya en 1730. Hay que destacar también que hasta principios del siglo actual se representaba pública y teatralmente durante la estación de penitencia la escena del Encuentro de Jesús con su Madre en la calle de la Amargura, con la participación de la imagen de la Virgen del Consuelo. Son, sin duda, las descritas en este párrafo pervivencias y rasgos propios que le aportan singularidad a la hermandad en el contexto de nuestra comarca.

Aunque la cofradía experimentó un cierto decaimiento institucional en el siglo XIX, resulta muy elocuente que el movimiento devocional en torno al Señor no decayó, se siguieron celebrando cultos y se mantuvo la tradicional salida en la Semana Santa. Todo ello gracias al celo y dedicación de la familia Sarmiento hasta finales del siglo XX y de tantos y tantos cantillaneros que han sostenido una devoción tan genuina como la profesada a Nuestro Padre Jesús.

Ese carácter genuino tiene mucho que ver con su impronta eminentemente popular en muchos aspectos: la espontaneidad y naturalidad casi doméstica de su procesión durante casi dos siglos, un rito verificado por una inercia popular que rayaba lo inconsciente; el sentimiento de posesión de las maniguetas del antiguo paso, transmitidas de padres a hijos (los Reina, Antonio Blanco, Juan Chaparro, *El Muli*, los *Garabitos* de El Chito, barrio eminentemente pescador, etc.); las sencillas flores de los patios que aparecen de forma anónima junto al Sagrario a los pies del Señor en su capilla; las limosnas y donaciones que han satisfecho las necesidades diarias y los estrenos y restauraciones para engrandecer las celebraciones litúrgicas...

En las últimas décadas la hermandad ha experimentado un notable crecimiento, siempre fundamentado en una invariante histórica: la firme devoción popular hacia Nuestro Padre Jesús Nazareno, que se ha ido canalizando en solemnizar los cultos de regla y la función principal de instituto, que se celebra en la Cuaresma; engrandecer y dotar de un sentido trascendente la estación de penitencia con la inclusión en el cortejo de los hermanos nazarenos y los demandantes, y la dignificación de la bendición de los campos y el *Sermón de Jesús*, que supone el acto central y culminante de la procesión penitencial; promover la participación de los hermanos en actos piadosos como el vía crucis cuaresmal, donde especialmente las hermanas adquieren un papel protagonista como portadoras de la imagen; fomentar las visitas cotidianas a la iglesia de San Bartolomé para orar ante el Santísimo Sacramento y la imagen de Nuestro Padre Jesús.

Cantillana felicita a la hermandad por este aniversario y se felicita a sí misma por ser depositaria de una devoción heredada, superviviente de las vicisitudes del paso del tiempo. Que Nuestro Padre Jesús Nazareno, Señor de los Pescadores, siga escuchando nuestra súplica y velando por su pueblo, que con fervor lo venera desde hace siglos. ❀





# MONOGRÁFICO

Coronación canónica  
de Nuestra Madre  
y Señora de la Soledad

# Todo un pueblo en tu corazón traspasado: el Consistorio rinde honores a la Patrona

Texto de Rocío Campos Delgado, Sra. Alcaldesa-Presidenta del Excmo. Ayuntamiento de Cantillana

**P**ocas devociones y patronazgos existen que puedan hacer gala de unos lazos de unión tan estrechos con su ayuntamiento como el de Nuestra Señora de la Soledad sobre Cantillana. Vínculos que vienen de antiguo, como testimonian las crónicas custodiadas en el archivo de la hermandad (donde se relata, por ejemplo, la elocuente presencia de las autoridades municipales en el recibimiento dispensado a la Virgen en 1900 cuando llegó al pueblo tras una restauración o la intervención del alcalde en 1905 para promover y autorizar una rogativa por la sequía presidida por la Santísima Virgen), y que en las últimas décadas han deparado hechos importantes, siempre con el recuerdo del protagonismo asumido decididamente por la corporación municipal en los acontecimientos memorables de 1919, que la hermandad conmemoró con grandes fastos en 2019.

Con estos precedentes, la historia de Cantillana nos brinda ahora un acontecimiento de primer orden como es la Coronación canónica de nuestra Patrona. Convencido de la magnitud histórica de lo que está por venir y de la oportunidad excepcional para acrecentar y difundir la devoción, ya secular y honda, a Nuestra Señora de la Soledad, el Excmo. Ayuntamiento de Cantillana concibe la Coronación como un acontecimiento comunitario que debe mover a la implicación popular de todo el vecindario y a la colaboración activa de las instituciones locales, para que el pueblo en su conjunto y en todas sus dimensiones se sienta partícipe y protagonista de este año de Gracia en torno a la Virgen.

Así, el Ayuntamiento, que mantiene una especial vinculación histórica e institucional con la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad, debe jugar un papel preponderante en su Coronación canónica, lo cual vendrá a afianzar, aun más si cabe, la singular relación entre ambas instituciones, que se ha materializado históricamente en hitos tan significados como la súplica municipal a la Santa Sede en 1919 para lograr la oficialidad del Patronazgo, la concesión de la medalla de oro de la villa a la Virgen en 1996 por iniciativa del alcalde, el nombramiento de la Virgen como Alcaldesa Mayor Perpetua en 2005, el beneplácito para el uso de las armas municipales en el escudo corporativo de la hermandad en 2017, el auspicio municipal para fijar como festivo local el Viernes de Dolores, Solemnidad Litúrgica de Nuestra Señora de la Soledad y día de la Patrona, o la aceptación del nombramiento del Ayuntamiento como Custodio honorario del Camarín de la Virgen en 2022.

Atendiendo a todas las razones expuestas, el cabildo de oficiales de la Hermandad de la Soledad, reunido el 3 de enero de 2023, Fiesta del Dulce Nombre de Jesús, decidió por unanimidad conceder al Ayuntamiento de Cantillana el Padrinazgo sobre la Coronación canónica y elevar una petición para que fuera aceptado y formalizado dicho nombramiento. Por ello, El Pleno del Excmo. Ayuntamiento de Cantillana, reunido el 26 de enero de 2023, decidió por unanimidad aceptar el Padrinazgo sobre la Coronación canónica de Nuestra Señora de la Soledad, que supondrá un hito indeleble en la historia de esta villa y un justo homenaje y reconocimiento a la Santísima



Virgen María, dignamente representada en la antigua, devota y milagrosa imagen de nuestra Patrona; con ello mostramos nuestra adhesión y acompañamiento institucional a este gozoso acontecimiento y manifestamos nuestra voluntad de servir a la hermandad para un mayor lucimiento de los cultos y actos programados con tal ocasión y en beneficio de toda Cantillana. De este modo, la presencia activa del Ayuntamiento en todo lo concerniente a la Coronación canónica tendrá un alto componente simbólico y sentimental por hacer visible, una vez más, ese vínculo secular entre hermandad y consistorio descrito arriba y por la representatividad institucional, identitaria y colectiva que comporta la corporación municipal.

Este Padrinazgo está fundamentado en razones más que sólidas, que trascienden incluso ese inveterado vínculo entre ayuntamiento y hermandad. No en balde, esta villa profundamente mariana, que ha hecho de la devoción a la Madre de Dios una de sus señas de identidad más genuinas y reconocibles, ha conservado hasta nuestros días la imagen de la Virgen de la Soledad, valiosa obra cuatro veces centenaria, ejemplo paradigmático de la añeja iconografía de la Virgen Dolorosa, que constituye un simbólico y carismático icono de la religiosidad popular de Cantillana. Así, la Soledad ha sido venerada con auténtica y ferviente devoción desde tiempo inmemorial por los hijos de esta villa, que la han aclamado e invocado como Madre y Patrona, han encomendado a su celestial patrocinio sus penalidades y tribulaciones durante siglos, y la han convertido en la entraña de un sentimiento religioso transmitido de generación en generación.

Asimismo, la devoción a la Virgen de la Soledad, con toda su grandeza y pureza, ha logrado instituir un conjunto de ritos, celebraciones, usos y costumbres populares, absolutamente singulares y enraizados en los ciclos festivos y hábitos cotidianos de Cantillana, desde la señera procesión del Viernes Santo hasta las visitas al cementerio, pasando por los cultos cuares-

**Allí la estará esperando el Excmo. Ayuntamiento de Cantillana, y en él representada institucionalmente toda la villa, para rendirle honores a la Patrona, para renovar el voto ancestral que a Ella la une y que por Ella persiste**

males del septenario y función y la festividad de los Dolores Gloriosos con su particular formulación, que constituyen un patrimonio inmaterial extraordinario y contribuyen a la idiosincrasia de esta villa. En este sentido, el fervor hacia la Santísima Virgen ha sido capaz de engendrar un patrimonio histórico-artístico de excepcional categoría para sostener su culto y veneración, que es orgullo de la cultura local y, por encima de todo, la enseña material de la devoción suscitada a lo largo de los siglos por la Patrona, como testifican su santuario y camarín, obras del s. XVIII, así como su rico ajuar y tesoro, ofrendas perdurables del amor de sus devotos.

En 2019, la Hermandad de la Soledad eligió la lonja del Ayuntamiento como el lugar más conveniente y emblemático para realizar la histórica Consagración de la villa de Cantillana a su Patrona y Alcaldesa, que tuvo lugar el día 20 de octubre de aquel año en el transcurso de la triunfal e inolvidable procesión extraordinaria de Nuestra Señora con motivo de la Ratificación Pontificia de su Patronazgo sobre nuestro pueblo. No existía un lugar más indicado y representativo para ese acto, cargado de resonancias históricas y simbolismos. El 25 de mayo de 2024, casi un lustro después, la Santísima Virgen volverá a pisar el mismo lugar, cuando, ya coronada de luz y fervor, con el oro ofrendado por sus hijos fundido en la corona de su Realeza, recorra en loor de multitudes las calles de su pueblo. Allí la estará esperando el Excmo. Ayuntamiento de Cantillana, y en él representada institucionalmente toda la villa, para rendirle honores a la Patrona, para renovar el voto ancestral que a Ella la une y que por Ella persiste. 🐣

Nuestra Señora de la Soledad en la plaza del Ayuntamiento para su nombramiento como Alcaldesa Perpetua de la Villa de Cantillana en el año 2005

Foto: Estudio Imagen



# «Vi una mujer coronada por doce estrellas...» El sentido de coronar las imágenes de la Virgen María

Texto de Juan Miguel Ferrer Grenesche. Presidente de la Sociedad Mariológica Española

## El fundamento teológico de este signo y de este rito se encuentra en el misterio de la Realeza de María expuesto en su día por el magisterio del papa Pío XII en su encíclica *Ad coeli Reginam*

1 *Ritual de la Coronación de una imagen de Santa María Virgen*, Coeditores litúrgicos, 1983.

2 *Bendicional*, Coeditores litúrgicos, 1986, 1091-1096, pp. 491-493.

3 Sobre el sentido e historia del rito: J. A. Martínez, I. H. de la Mota, R. del Olmo, *Enciclopedia de la Virgen*, Madrid, 2002, pp. 555-556; y A. Mistrorigo, *Dizionario Liturgico-Pastorale*, Padua, 1977, pp. 755-756; y encontrarán un amplio listado de coronaciones realizadas en España desde finales del siglo XIX en: J. A. Martínez, I. H. de la Mota, R. del Olmo, *Enciclopedia...*, ob. cit., pp. 557-564.

4 *Vid.* J. A. Martínez, I. H. de la Mota, R. del Olmo, *Enciclopedia...*, ob. cit., pp. 1513-1516.

**P**reámbulo

Tras el Concilio Vaticano II el rito de la Coronación de una imagen de Nuestra Señora ha recibido un carácter, si cabe, más litúrgico<sup>1</sup>. La celebración de la coronación, fundada sobre un serio proceso canónico (por eso llamada coronación canónica), implica un previo discernimiento pastoral. Pero el momento mismo de la coronación no es simplemente el *signo* del éxito de tal proceso y deliberación, sino un verdadero acontecimiento de gracia, la presencia de un *Misterio*, para actualizarlo entre nosotros y consentirnos gozar de sus gracias.

Como en su momento la bendición de una imagen, pero con mayor solemnidad y capacidad de suscitar las disposiciones de apertura al don de Dios, la Coronación se enmarca en la Liturgia de las Horas, en una Liturgia de la Palabra o, con más elocuencia, en la Eucaristía, para que desde la escucha de la Palabra de Dios, la oración eclesial y los signos litúrgicos, todos descubramos la fuerza «sacramental» de la imagen y nos introduzcamos, por ella, en la presencia del Señor a través de la Virgen Madre<sup>2</sup>.

El rito, muy sencillo, consiste en una «oración de acción de gracias e invocación» (a modo de las grandes plegarias de bendición/consagración de la Liturgia), la aspersión con agua bendita de la/s corona/s, la imposición de la corona/s sobre la imagen, el canto de una breve antífona, una oración universal (o «de los fieles») propia y el canto de una antífona mariana al final de la celebración. Con este sencillo ritual hoy en día se realizan tanto las coronaciones ordinarias de imágenes, que realiza el Obispo diocesano o un presbítero por él designado, tras un proceso diocesano, como las coronaciones llamadas pontificias, realizadas tras un proceso llevado a término por la Santa Sede a petición del Obispo diocesano y que preside un Legado Papal (antiguamente el Cabildo de San Pedro de El Vaticano).

Originariamente solo llevaban corona las imágenes coronadas oficialmente. Más tarde se introduce el abuso, por mimetismo, de presentar imágenes portadoras de corona pero nunca coronadas canónicamente. El signo de la corona tiene valor aun en estos casos, pero es evidente que se hace objetivamente más elocuente y universal mediante el proceso y rito de una coronación litúrgica y canónica, sea ordinaria o pontificia<sup>3</sup>. Por su parte, el fundamento teológico de este signo y de este rito se encuentra en el misterio de la Realeza de María expuesto en su día por el magisterio del papa Pío XII en su encíclica *Ad coeli Reginam* (1954)<sup>4</sup> y celebrado hoy por el rito romano cada año el 22 de agosto, en la octava de la Asunción.

Ciertamente ya en el arte bizantino y, por su influencia, en el arte paleocristiano, encontramos representaciones de Cristo y de María bajo la apariencia de los emperadores y emperatrices romanos de Oriente, sea por el uso de los mantos, colores y coronas que les eran propios, como por la usanza de presentarla, sobre todo a la Virgen, sentada en un trono y siendo Ella misma trono para su Hijo. Pero es sobre todo en la Edad Media, en Occidente, cuando por la mentalidad caballeresca y el deseo de reforzar la sacralidad del poder temporal de los reyes humanos, se extiende la costumbre de presentar a Jesús y, sobre todo a María su Madre, como reyes, y encontramos las primeras representaciones de una coronación de María en el Cielo por parte de la Santísima Trinidad. En este periodo será muy frecuente ver cómo las imágenes portan coronas desde su origen, desde que son hechas y puestas a veneración de los fieles. Pero, a partir de la controversia con el mundo protestante y tras el Concilio de Trento, se tiende a dar un significado nuevo y especial a la coronación solemne de algunas imágenes de la Virgen, que gozaban de una peculiar veneración entre el pueblo cristiano. Así, se establecen procedimientos canónicos, es decir reflejados en el derecho eclesiástico, para poder proceder a dichas coronaciones, que por eso recibirán el nombre de canónicas, como hemos explicado arriba.

### La Teología de la Coronación

Para comprender lo que nos muestra una imagen coronada de la Santísima Virgen tenemos que remitirnos al eterno proyecto de amor de Dios sobre el gé-



nero humano, declarado ya en la Creación: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: “Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra”. Y dijo Dios: “Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la superficie de la tierra y todos los árboles frutales que engendran semilla: os servirán de alimento. Y la hierba verde servirá de alimento a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra y a todo ser que respira”. Y así fue» (Gn 1, 27-30).

A partir de este texto del Génesis el ser humano, varón y mujer, es presentado como *rey* o *señor* de la Creación. Esta realeza se muestra como brotando de su condición de *creados a imagen* de Dios. Por ello tal realeza que se muestra verdadera, solo el diablo la cuestiona (Gn 3, 2), no es «absoluta» en manos del hombre, tiene su paradigma en el señorío originario de Dios, del Creador, que rige la tierra con justicia y los pueblos con rectitud (*cf.*: Sal 98, 9). Aquí está el fundamento de una verdadera *ecología bíblica* y de las justas relaciones entre individuos y pueblos.

Pero es el pecado el que rompiendo el vínculo de la «semejanza divina» introduce el desorden en las relaciones del ser humano con sus semejantes y con la naturaleza (*vid.* Gn 3, 16-19; 4, 14; 6, 5-7; y 7, 17-24). Mas Dios se mostró desde la irrupción del pecado de los hombres fiel en su propósito, dispuso (Gn 3, 14-15), prefiguró (Gn 6, 17-21 y otros muchos pasajes) y realizó la repristinación y culminación de su proyecto (Heb 1, 1-4 y 2, 5-13). En efecto, como bien señala la Carta a los Hebreos, Cristo Jesús es el hombre nuevo que muestra la perfecta semejanza con el creador, el verdadero *Rey* y *Señor*: «En efecto, al someterle todo, nada dejó fuera de su dominio... Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte» (Heb 2, 8-9). Pero junto a este nuevo y verdadero padre de la humanidad, que por su obediencia a Dios conservó intacta y pura su realeza y nos dio a todos ocasión de recobrarla (Rom 5, 18-21), tenía que estar una mujer, una madre (*vid.* Gn 3, 14-15). Y así fue: junto a Jesús estuvo su Madre, la «mujer», madre y figura de la Iglesia (*vid.* Lc 1, 38; 2, 28-35; Jn 2, 1-12 [Bodas de Caná]; 19, 23-27). Junto al Rey, la Reina Madre del Rey<sup>5</sup>.

▲  
Proyecto de enriquecimiento de la corona de Nuestra Señora de la Soledad para su Coronación canónica  
Diseño: José Naranjo Ferrari

5 Esta figura bíblica de la *Madre del Rey* es teológicamente muy interesante, *vid.* J. L. Bastero, *María, Madre del Redentor*, Pamplona, 1995 (el capítulo «La Realeza de María», pp. 268-276; en particular, sobre la Madre del Rey, pp. 271-273).



En síntesis, en el libro del Génesis, en su capítulo primero, se esboza la consideración del hombre y la mujer como *reyes de la creación*. El capítulo segundo del Génesis, con su relato de la Creación tan entrañablemente antropomórfico, nos muestra a Adán poniendo nombre a todas las criaturas y no encontrando una igual a sí hasta que de su costado Dios forme a su compañera Eva.

El ser humano aparece en los relatos de la creación siendo imagen y semejanza de Dios, su creador, recibiendo la vida del aliento de Dios y compartiendo con el resto de las criaturas el origen en el barro de la tierra. El hombre y la mujer aparecen como sacerdotes de la creación, unen en su propia naturaleza material y espiritual criaturas y creador y, además, en ese sentido, ejercen un papel vicario de Dios en la garantía de la armonía de todo lo creado, según la partitura de su alianza con Dios.

El pecado, que aparece en el capítulo tercero del Génesis, declara el drama de una humanidad que da la espalda a Dios y que provoca la confusión en la Creación y padece los efectos de este mismo desorden en sus propias carnes, viéndose sometida a las fuerzas naturales tanto por el padecimiento de las calamidades que éstas provocan como cuando se somete a ellas en la idolatría.

La historia de salvación, que comienza a tejerse desde el mismo momento posterior a la caída de Adán y Eva, apunta a recuperar la alianza y la familiaridad con Dios, y, con ello, la armonía con la Creación y la dignidad correspondiente al ser humano y a su libertad. Pero será con la llegada del Verbo Encarnado y con la preparación de su Madre Inmaculada cuando se vea cumplida la esperanza iniciada en el capítulo tercero del Génesis (Protoevangelio) cuando la humanidad, no solo recupere su libertad frente a la idolatría y a las consecuencias del pecado, sino que, además, vea proclamada su filiación divina, gracias al misterio pascual de Cristo.

Cristo nuevo Adán y María nueva Eva aparecen como la imagen de la humanidad renovada y que recupera, por medio de la gracia de Cristo, la libertad y el señorío frente a todas las realidades creadas: En este sentido, Cristo es Señor (Rey) y María es Señora (Reina). En este sentido, en Cristo y en María-Iglesia se restaura la realeza universal del ser humano, su equilibrio creacional con la naturaleza y con sus semejantes. De esto son reflejo los *esposos cristianos* en virtud del sacramento del Matrimonio (Ef 5, 25-33), por eso en la celebración bizantina del Matrimonio los esposos son *coronados*<sup>6</sup> y así, guiados por el sacerdote, circundan el altar, que representa la creación en ese momento, y se enseñorean de ella como Cristo por su Pasión y Resurrección, como lo quiso Dios desde el principio de la creación.

Resulta clave para comprender este misterio acudir a la presentación de la Iglesia Madre-Esposa que se realiza en el capítulo duodécimo del libro del Apo-

## Mirar a María coronada es descubrir la dignidad y libertad de los hijos de Dios que nos ha ganado Cristo


calipsis, tomando por modelo y paradigma de esta Iglesia a María, la Madre de Jesús, la Mujer: «Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12, 1). Siempre que vemos una imagen coronada de María Santísima hemos de recordar este «gran signo». Esta imagen ha inspirado tanto la representación de la Inmaculada como la de la Asunción, como también la de la Realeza de María. Ver a María coronada es ver a la Iglesia unida a Cristo, es ver a cada miembro de la Iglesia unido a Cristo, recuperando la *semejanza divina*, recuperando la libertad, el señorío, la *realeza*.

Esta semejanza se refleja particularmente en el estar «vestida de sol», su señorío en la victoria sobre el tiempo (que habla de fin, de muerte), significado en «pisar la luna» (el calendario judío era lunar, se medía el tiempo por las fases de la luna), su realeza en esa «coronada de doce estrellas», su realeza aparece así cósmica, pues la corona de estrellas evoca el sometimiento de las fuerzas celestes.

Mirar a María coronada es descubrir la dignidad y libertad de los hijos de Dios que nos ha ganado Cristo. Descubrir desde ella un dominio de la humanidad sobre el cosmos querido por Dios, pero que lejos de traducirse en competitividad entre semejantes y en derecho al uso y abuso de la Creación, se presenta radiante como camino de fraternidad entre humanos y comunión con la Creación, que así, por la realeza del ser humano, encuentra su plenitud (Rom 8, 19-23).

### Conclusión

Resulta importante de cara a nuestra recta piedad mariana que, ante una imagen de María coronada, no nos fijemos tanto en la pompa o riqueza aportada a la imagen y a su culto, cuanto que se avive en nosotros la piedad a la Virgen María que siempre nos enseña, como en las Bodas de Caná a los criados, a hacer la voluntad de Dios expresada en Cristo Jesús, Camino, Verdad y Vida.

Si esto que hemos dicho se refiere sobre todo a las imágenes coronadas solemnemente, tanto ante ellas, como ante cualquier otra imagen de María coronada, por modesta que sea, hemos de recordar que, a través de Cristo nuevo Adán y María nueva Eva, hombre y mujer plenos y santos, Dios nos ofrece la imagen de lo que quiere ver cumplido en nosotros: que seamos libres ante los poderes de este mundo, ante el pecado e incluso ante la amenaza de la misma muerte. La Virgen Reina es la Madre que nos muestra el camino de la verdadera libertad, que Ella encontró haciendo constantemente en su vida un decir de corazón a Dios: «Hágase en mí según tu Palabra». 

<sup>6</sup> Y no solo en el Rito Bizantino, sino en la mayoría de las liturgias orientales del Matrimonio: vid. A. Raes, *Le Mariage clans les Eglises d'Orient*, Chevetogne, 1958.

(Página anterior)  
El rostro de María Santísima de la Soledad  
Foto: Óscar Torres y Juan Manuel Jurado

# La imagen de Nuestra Señora de la Soledad

Texto de Álvaro Cabezas García

**Es el encargo de la talla de la imagen mariana la que prueba, documentalmente, la existencia y data de la hermandad de la que es titular y que permitió su culto e irradió su devoción desde tiempo inmemorial hasta convertirla, con el fervor de sus devotos, en Patrona *apud Deum* (ante Dios) y Alcaldesa Mayor Perpetua de la villa de Cantillana**

(Página siguiente)  
Nuestra Señora de la Soledad, Patrona de Cantillana  
Foto: Óscar Torres y Juan Manuel Jurado

**E**n pocas ocasiones una hermandad es definida y constatada en su origen, casi de manera exacta, por el encargo de una talla. Es mucho más frecuente que los investigadores tomemos como marco de referencia para situar la fundación de una corporación la fecha de aprobación de su Regla o el rastreo de su actividad en los fondos documentales del archivo de la misma y, una vez establecida esa cronología, se hace posible constatar los cambios producidos en la esfera de las imágenes de culto atendiendo a criterios de gusto y uso devocional. En el caso de la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad de Cantillana ocurre todo lo contrario: es el encargo de la talla de la imagen mariana la que prueba, documentalmente, la existencia y data de la hermandad de la que es titular y que permitió su culto e irradió su devoción desde tiempo inmemorial hasta convertirla, con el fervor de sus devotos, en Patrona *apud Deum* (ante Dios) y Alcaldesa Mayor Perpetua de la villa de Cantillana.

El contexto que permitió la hechura de la imagen fue el siguiente: en el último cuarto del siglo XVI la familia Vicentelo de Leca había adquirido la propiedad de la comarca de Cantillana, poco antes enajenada de los bienes arzobispaes de la Archidiócesis por obra y gracia de Felipe II, quién tomó esta decisión con el objetivo de sanear las cuentas del reino. Al hacer esto, la población pasaría a estar condicionada por una realidad jurisdiccional secular y distinta a la disfrutada anteriormente. Y, precisamente, en ese escenario en el que se comenzaban a percibir de manera efectiva, en España en general y en el antiguo Reino de Sevilla en particular, los efectos de las disposiciones aprobadas en el Concilio de Trento sobre la potenciación de la religiosidad popular a través del uso de las imágenes sagradas, tuvo lugar el encargo de las de la hermandad.

En 1583 está fechado el testimonio documental conservado de mayor valor para el asunto que nos ocupa: el contrato o concierto notarial de determinados

miembros de la cofradía con el imaginero Juan de Santamaría para la hechura de las imágenes de un Cristo yacente (el actual Señor del Sepulcro) y una Dolorosa (la actual Virgen de la Soledad). Podríamos preguntarnos el por qué de este contrato aglutinador que, de una sola vez, encarga el conjunto de imágenes. La respuesta habría que encontrarla en el modelo celebrativo extrapolado de la capital y que disfrutó de notable éxito en poblaciones de la Vega del Guadalquivir: la representación pública de la ceremonia del descendimiento, entierro y resurrección de Cristo como ópera sagrada de especial fin catequético y para el que se necesitaba el conjunto de imágenes especificadas en el contrato. En ese sentido, la advocación de la Soledad resultaba necesaria porque se recreaba de manera concreta y piadosa el instante de dolor en el que la Virgen quedaba verdaderamente sola y aislada al pie de la cruz una vez descolgado el cuerpo de Cristo del patíbulo, sin ninguna referencia corporal del Hijo, restando los elementos de la Pasión que quedaban desperdigados por el Calvario y sobre los que la Virgen meditó y se lamentó con serena angustia. Por ello era pertinente venerar una imagen de la Virgen que respondiera a todas estas premisas artísticas, aunque ello nos obligue a obviar la bellísima tradición oral que, de manera un tanto legendaria, dio explicación al origen de la Virgen de la Soledad en la llegada desde Sevilla de una imagen mariana que era transportada en una barcaza que, remontando el río Guadalquivir, fue subida a una carreta en la Alameda de los Barqueros y que atravesando el pueblo siguió el antiguo camino de El Pedroso hasta llegar al enclave donde posteriormente sería construida la ermita de San Sebastián (actual santuario), lugar donde dicha carreta fue atrapada por el barro, no habiendo ni forma ni fuerza humana capaz de ponerla en movimiento y dando como resultado a ojos del pueblo de Cantillana que la imagen mariana deseaba quedarse en aquel lugar para que allí se le rindiera culto; pues bien, centrándonos en los datos disponibles debemos analizar, si quiera de forma somera, el documento de encargo de la talla para conocer los detalles requeridos y las motivaciones artísticas y religiosas de los comitentes.

El 13 de enero de 1583 se contrataba un conjunto de imágenes procesionales por Martín Blasco, mayordomo de la cofradía de la Soledad de Cantillana, con el pintor de imaginería Juan de Santamaría, ante el escribano público Juan Bernal de Heredia, a cargo por esas fechas del oficio 21, sito en la calle Tundidores, actual Hernando Colón, de Sevilla. En dicho contrato, el artista antedicho se comprometía a ejecutar un conjunto completo de carácter procesional para la Hermandad de la Soledad que consistía en tres





**Si nos centramos en la talla de la Virgen de la Soledad tenemos que decir que esa «nra. señora de pasión con su manto de balleta negra y su sudario con la corona de espinas y tres clavos» que mencionaba el documento de encargo es, sin duda alguna, nuestra imagen de la Virgen de la Soledad. Así lo ha corroborado el profesor Roda Peña en un esmerado estudio en el que señala que la patrona de Cantillana responde formalmente a la cronología del contrato citado. Es notable la antigüedad de la obra, puesto que es una de las dolorosas de autoría documentada más antiguas de Andalucía**

imágenes, cinco ángeles, una cruz, dos parihuelas y un sepulcro, todo ello perfectamente acabado y para el que se fijaban plazos de entrega muy determinados: para el Resucitado, el 15 de febrero y para el resto, los comedios de la Cuaresma de ese mismo año. El precio de todo el conjunto ascendía a 80 ducados, un precio relativamente bajo que indica que se estaría pagando más por el número de obras que se encargan a la vez y, sobre todo, por la necesidad de este artista de trabajar en colaboración con otros que tendría, a su vez y como resultaba frecuente, que subcontratar. Es un verdadero despliegue de pasos e imágenes (con sus respectivas policromías) lo que compone el contrato de Juan de Santamaría. Son todos los elementos para la puesta en escena de las celebraciones propias del Viernes Santo, mencionadas anteriormente. Resulta significativo y hasta curioso que todo parta de un mismo taller, tan diferente a la práctica habitual tanto en hermandades antiguas como recientes, que son producto, casi siempre, de la acumulación y, por tanto, depósitos de piezas muy desiguales de calidad y datación. Es cierto que, por circunstancias históricas no se conservan algunas de las piezas aludidas en este contrato (las imágenes del citado Cristo Resucitado, que al menos subsistía hasta 1687, los tres ángeles, las parihuelas y la urna), probablemente como consecuencia de los cambios de gusto, por un lado, y de la evolución propia de la hermandad a lo largo de los siglos, por otro.

Sobre el artista ejecutante se conocen pocos datos. Celestino López Martínez nos cuenta en un escueto artículo aparecido en *El Correo de Andalucía* en 1941 (reeditado en 1997) que este Juan de Santamaría contrató la realización de un crucificado para la Hermandad del Gran Poder el 26 de marzo de 1576, fecha en la que se declaraba pintor, vecino de Sevilla, de la collación de El Salvador. En cualquier caso, debió tener una importancia modesta entre la pléyade de artistas que, con origen autóctono o foráneo, conformaron la incipiente escuela de escultura sevillana en la segunda mitad del siglo XVI entre los que destacan Roque de Balduque († 1561), Juan Bautista Vázquez el Viejo († 1588), Juan Gi-

ralte († 1574), Jerónimo Hernández († 1586), Juan de Oviedo el Viejo († 1592), Diego de Velasco († 1592), Juan Bautista Vázquez el Mozo († 1601), Gaspar del Águila († 1602), Gaspar Núñez Delgado († 1606), Miguel Adán († 1610), Andrés de Ocampo († 1623), Blas Hernández Bello († 1626), Diego de Pesquera, Juan Marín y, ya a caballo entre los siglos XVI y XVII, Juan Martínez Montañés (†1649). No resulta extraordinario que este auto-declarado pintor se encargase de realizar tallas de madera como las que se le pedían en el contrato puesto que pueden encontrarse otros ejemplos de maestros pintores que, desde el segundo tercio del siglo XVI, cultivaron, con más o menos frecuencia, la escultura como sucedió con Pedro de Campaña, Pablo de Céspedes o Pedro de Villegas Marmolejo. Incluso, como reconoce López Martínez, «no es un caso único el que se titule pintor quien al mismo tiempo concibe y labra esculturas valiosas».

Si nos centramos en la talla de la Virgen de la Soledad tenemos que decir que esa «nra. señora de pasión con su manto de balleta negra y su sudario con la corona de espinas y tres clavos» que mencionaba el documento de encargo es, sin duda alguna, nuestra imagen de la Virgen de la Soledad de Cantillana. Así lo ha corroborado el profesor Roda Peña en un esmerado estudio en el que señala que la patrona de Cantillana responde formalmente a la cronología del contrato citado. Es notable la antigüedad de la obra, puesto que es una de las dolorosas de autoría documentada más antiguas de Andalucía. También hay que advertir que es una imagen de vestir, frontal, con posición enhiesta, rostro alargado e hierático de afligido dolor. Se trata de una obra realizada en madera, estando sólo tallada su cabeza y manos, con brazos articulados y sostenidas sus caderas por un candelero de cedro de 8 listones. Mide 166 centímetros de altura, conservando en la espalda los restigos de haber tenido diferentes agarres metálicos de los que sólo quedan ciertas marcas en la madera tras la última restauración. La obra aparece encarnada con óleo –sólo cabeza y manos– y presenta ojos de vidrio y seis lágrimas del mismo material, así como pestañas y cabellera de pelo natural.

Las analogías con otras imágenes deben buscarse en la Virgen de la misma advocación de la población de Alcalá del Río y, sobre todo, en la de Nuestra Señora de la Soledad, titular de su hermandad sevillana, primero radicada en el convento casa grande del Carmen, luego en la parroquia de San Miguel y desde 1868 en la de San Lorenzo Mártir. Por referencias documentales sabemos que la Virgen sevillana sería algo anterior a la cantillanera, puesto que ya Felipe II rezó ante ella durante su visita a Sevilla en 1570 y que, a su vez, sirvió como modelo de otras imágenes ejecutadas posteriormente con su misma impronta como, por ejemplo, hiciera Gaspar del Águila en la homónima efigie de Marchena para la hermandad fundada en 1567, aunque hoy está tan transformada que se hace difícil cualquier comparación, en opinión del profesor Roda Peña. A este elenco de imáge-

nes podríamos añadir la titular de una cofradía también muy antigua como la de Los Negritos, la Virgen de los Ángeles, muy transfigurada por Juan Miguel Sánchez en 1952 y Antonio J. Dubé de Luque en 1984, pero que, gracias a antiguas fotografías, puede apreciarse que guardaba rasgos análogos a los de las Soledades de Alcalá del Río, Sevilla o Marchena citadas anteriormente. Todas estas tallas coinciden en mostrar un semblante serio y la mirada baja, los ojos rasgados, la nariz fina y alargada, los labios sellados y un leve fruncimiento del ceño, particularidades propias de la estatuaria mariana del último Renacimiento en el tipo de imágenes que estamos tratando.

El inexorable paso del tiempo ha obligado a la hermandad a restaurar o intervenir sobre la Virgen de la Soledad en varias ocasiones. Aunque pudo haber más, la primera de las registradas en la documentación disponible tuvo lugar entre 1899 y 1900. En esa ocasión, el mayordomo Antonio Montalbo hacía constar «que en vistas del mal estado en que se encuentra la imagen de Ntra. Sra. de la Soledad se hacía precisa la inmediata restauración de Ella a fin de que se pudiera presentar a la veneración pública en las condiciones que merece la que es objeto en esta Villa de la más acendrada devoción», por lo que se encomendó la intervención a Manuel Gutiérrez Cano, escultor de Sevilla, quien cobraría 600 reales por su labor, aunque había tasado el trabajo en 800-900 reales. No vuelve a sufrir otra intervención hasta la década de los cincuenta del siglo XX, cuando, con la intención de paliar el deterioro sufrido por la imagen a cuenta de un aguacero caído durante la procesión del Viernes Santo, se encomendó esta tarea a Antonio Castillo Lastrucci, que le aplicó una nueva policromía en 1954. Poco después Sebastián Santos talló nuevas manos para la Virgen y la intervino de nuevo en 1959, momento en el que le aportó nueva encarnadura. Ya en 1985 experimentó otra restauración en el curso de la cual se descubrió un resto de policromía en el hombro derecho, lo que indicaría que, como también ocurre en la imagen de la Soledad sevillana, podrían haber sido imágenes de talla completa en un momento primigenio. Una información corroborada en la restauración de la imagen de 1993 a cargo de Francisco Ayala y que confesó que «pudimos encontrar en el busto restos de una policromía muy primitiva, con restos de oro y policromía al temple con rico estofado, que puede dar una idea que nos encontramos ante lo que quede de una imagen de talla completa, policromada y estofada». Como resultado de esa intervención quedó en el semblante de la Virgen un tono oscuro de barnices y retoques que, en buena medida, era el que se percibía en los últimos años.

El pasado año 2023 se llevó a cabo la última intervención sobre la imagen por parte de Eduardo Martínez López, que ha posibilitado recuperar la policromía original de la imagen, oculta bajo varios repintes contemporáneos que otorgaban a la talla una impronta anaranjada y desfiguraban sus verdaderos grafismos y valores estéticos. Resonando lagunas y es-

tucos provocadas por el uso de alfileres durante tantos años y gracias a la ténpera, la Virgen ha recuperado una hermosa encarnadura pálida de ricos matices, que además permite contemplar los suaves volúmenes del rostro, dotándola de una expresividad natural y solemne, de gran unción sagrada. Para completar la talla íntegramente se han restituido las manos originales y desechado para el culto y guardadas en un vitrina las de Sebastián Santos de 1959. Igualmente, siguiendo los actuales parámetros restauracionistas se han eliminado clavos, se han colocado espigas y se ha estabilizado la fenda de la Virgen, todo con la intención de que la talla sufra lo menos posible y, en caso de ser intervenida de nuevo, no experimente ningún tipo de cambio o reforma traumática. Asimismo se ha procedido a colocar un nuevo candelero montado sin tornillos, sino con materiales reversibles como las espigas de madera, ajustando también la inclinación que tenía la imagen desde los años setenta gracias a la aplicación de una cuña del mismo material.

La notable calidad artística de Nuestra Señora de la Soledad permite un uso religioso destacable y sólido a pesar del correr de los siglos. La prueba más evidente de la devoción que suscita, de la admiración que reúne y del amor y compasión que provoca entre sus hermanos, fieles y vecinos de Cantillana es la irradiación que, a su cuenta, se ha producido desde el epicentro de la propia talla. El santuario es en sí un «monumental y perpetuo exvoto» de Cantillana a su patrona, ya que, necesitando acoger con mayor decoro y suntuosidad el fervor que la Virgen provocaba en la segunda mitad del siglo XVIII, fue obligada su reconstrucción y ampliación y dotarlo de retablos, imágenes y camarín digno de tan augusta patrona. Pero también, más adelante, adornarla con rico manto y palio juanmanuelinos, coronarla con la presea de Palomino, reproducirla con profusión en la cartelería y reconocerla institucionalmente con títulos como los adquiridos en 1919 por parte de la Sagrada Congregación de Ritos cuando se le tituló patrona, galardonarla en 1995 con la medalla de oro de la villa, en 2005 con el título de alcaldesa mayor perpetua, autorizar a su hermandad para hacer uso de las armas municipales en el escudo desde 2017, dedicarle el Viernes de Dolores como festivo local y ratificarla canónica y definitivamente en 2019 como patrona por la propia Roma. Todo ello es prueba ineludible de la significación de una talla del Renacimiento, obra de un artista que, a pesar de su modestia, logró afincar en la villa un modelo mariano que servía para llevar a cabo las más efectivas prácticas religiosas auspiciadas por Trento y que, con el correr de los años, se convirtió en el culmen de la Semana Santa cantillanera, articuladora de la religión católica en esta población, remedio en las rogativas por la lluvia y las enfermedades, hacedora de milagros como el del cabo Serafín Sastre, referencia e ilustración para marcas, tiendas y avenidas, protagonista de retablos callejeros, honra, gloria y privilegio de su cofradía y, desde tiempo inmaterial, principal patrona ante Dios de la villa de Cantillana. 🌸

## Bibliografía

Daza Somoano, J. M., Naranjo Ferrari, J., coords. y eds., *Augusta Patrona. 2019 Crónica conmemorativa*, Cantillana, Hermandad Servita de Nuestra Señora de la Soledad, 2020.

López Hernández, A., *La cofradía de la Soledad de Cantillana en la Edad Moderna. Historia y patrimonio artístico*. Trabajo de investigación inédito dirigido por el profesor José Roda Peña y defendido en la Universidad de Sevilla el 30 de septiembre de 2011.

López Hernández, A., «El ajuar y el palio de plata de la Virgen de la Soledad de Cantillana durante el siglo XVIII», en J. Roda Peña, coord., *XV Simposio sobre hermandades de Sevilla y su provincia*, Sevilla, Fundación Cruzcampo, 2014, pp. 15-38.

López Martínez, C., *Notas para la Historia del Arte. Desde Jerónimo Hernández hasta Martínez Montañés*, Sevilla, Rodríguez, Giménez y C<sup>a</sup>, 1929, pp. 201-202.

———, «Juan de Santamaría realizó un crucificado para la Hermandad del Gran Poder en 1576», *Boletín de las cofradías de Sevilla*, 456 (1997), pp. 44-46.

Roda Peña, J., «La Escultura Sevillana a finales del Renacimiento y en los umbrales del Naturalismo», en L. Gila Medina, coord., *La escultura del primer naturalismo en Andalucía e Hispanoamérica (1580-1625)*, Madrid, Arco Libros, 2010, pp. 273-306.

VVAA, *Fundamentos históricos y devocionales para la ratificación del Patronazgo Canónico de Nuestra Señora de la Soledad sobre la villa de Cantillana (Sevilla)*. Expediente inédito.

ET IN ARC



ADIA EGO



# La Agregación de la Cofradía de la Soledad a la Orden Servita: documentos inéditos

Texto de Juan Manuel Daza Somoano

## La renovación de la Agregación de la hermandad a la Orden Servita, celebrada nada menos que en la Iglesia de San Marcelo al Corso de Roma (sede de la Curia General de los Servitas), durante la peregrinación a las Basílicas Mayores de esta ciudad en febrero de 2024

1 J. M. Daza Somoano, «Patrona apud Deum [...] Breve aproximación a la protohistoria del patronazgo», en J. M. Daza Somoano, J. Naranjo Ferrari, coords. y eds., *Augusta Patrona. 2019 Crónica conmemorativa*, Cantillana, Hermandad Servita de Nuestra Señora de la Soledad, 2020, pp. 23-25; VVAA, *Fundamentos históricos y devocionales para la ratificación del Patronazgo Canónico de Nuestra Señora de la Soledad sobre la villa de Cantillana (Sevilla)*. Expediente inédito, pp. 199-204.

2 Archivo General del Arzobispado de Sevilla, Carta (AGAS 09908/III/Hermandades/Doc. 11), s. f.

3 *Ibidem*.

4 *Ibidem*.

5 *Ibidem*.

6 *Ibidem*. Nótese el uso del posesivo «nuestra», que denota un sentimiento de identificación, permanencia y pertenencia a una realidad languidecida, pero presente.

La investigación histórica nos sigue deparando hallazgos documentales de gran interés para comprender de una manera más cabal y fidedigna la historia de nuestras hermandades. En este caso, se trata de un expediente formado por varios documentos manuscritos (hasta ahora inédito), que se conserva en el Archivo General del Arzobispado de Sevilla, bajo la signatura AGAS 09908/III/Hermandades/Doc. 11, y que contiene datos significativos para entender la coyuntura de reorganización y renovación experimentada por la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad en la última década del siglo XIX. Esta documentación viene a complementar la información que sobre el mismo periodo se custodia en el archivo de la hermandad, ya de por sí interesante e ilustrativa y que ahora, a la luz de este descubrimiento y unida a las indagaciones realizadas en su día por Álvaro Román Villalón en el Archivo de la Curia General de los Siervos de María en Roma, traslucen con mayor claridad los entresijos de un momento decisivo en la trayectoria de la corporación.

Se da la feliz circunstancia de que pude localizar estos documentos coincidiendo con el desarrollo del calendario de cultos y programa de actos de la Coronación canónica de la Santísima Virgen y, por tanto, con la renovación de la Agregación de la hermandad a la Orden Servita, celebrada nada menos que en la Iglesia de San Marcelo al Corso de Roma (sede de la Curia General de los Servitas), durante la peregrinación a las Basílicas Mayores de esta ciudad en febrero de 2024; un vínculo filial y espiritual con los Siervos de María que data precisamente de esa encrucijada cronológica, finales del siglo XIX y principios del XX, cuando un numeroso grupo de cantillaneros piadosos hubieron de decidir los derroteros por los que caminaría la corporación en una nueva andadura de su historia centenaria. Los papeles demuestran que los movió el fervor, también un gran sentido de la responsabilidad y la conciencia de estar en juego la dignidad de una institución con una preclara tradición religiosa, con el peso de siglos de veneración a la Virgen de la Soledad, icono devocional de pri-

mer orden que en los últimos siglos había espolado la construcción (toda una hazaña...) de un templo monumental o había fraguado una sólida religiosidad popular fundamentada en rogativas, misiones y celebraciones litúrgicas, que se sucedieron a lo largo del siglo XIX<sup>1</sup>. La determinación de aquellos hombres y las decisiones que tomaron marcaron profundamente la historia contemporánea de la hermandad y dejaron sentadas unas bases que aún hoy perduran en muchos sentidos, como veremos a lo largo del presente artículo, en el que me propongo analizar el contexto y las directrices que marcaron aquella reconfiguración crucial de la corporación.

Pues bien, a finales del siglo XIX la Hermandad de la Soledad entró en una etapa de cierta postración «por haber fallecido las distintas personas que la formaban»<sup>2</sup>, aunque la devoción popular hacia la Virgen, que venía siendo considerada Patrona desde muy antiguo, no se vio menoscabada, como demuestran los hechos y los datos documentales, según veremos en la parte final de este artículo. Cabe hablar, pues, de un decaimiento institucional, pero no tanto devocional, ya que la llama del fervor, sujeto a hondas raíces, siguió prendida, aunque la organización interna, la gestión económica, el sostenimiento del culto, el cuidado del patrimonio y ajuar estuvieran necesitados de una revitalización o reorganización. Ese es precisamente el concepto, «reorganización» oficial y reglada («de una manera solemne» y «con las formalidades que las leyes determinan»<sup>3</sup>), que es aducido en una carta manuscrita, fechada el 31 de octubre de 1890 y rubricada por más de 50 cantillaneros que se definen a sí mismos como «adoradores fervientes de esta imagen»<sup>4</sup>; en la misiva los firmantes se dirigen en súplica al arzobispo de Sevilla (por aquel entonces Benito Sanz y Forés) con el fin de pedir la anuencia de la autoridad episcopal para restablecer el normal funcionamiento de la Hermandad de la Soledad, que «se estableció en tiempo inmemorial»<sup>5</sup> en la ermita extramuros y de la que ellos se consideran continuadores.

Resulta muy curioso que uno de los detonantes que precipitó tal petición fue un hurto acaecido en el Santuario por esas fechas: «uno de los motivos que nos mueven es el robo que recientemente ha ocurrido en nuestra preciosa capilla, aislada en el campo»<sup>6</sup>. Tal información parece confirmar esa creencia pseudolegendaria que afirmaba que el fastuoso manto atribuido a Patrocinio López, conocido por fotografías decimonónicas, le fue robado a la Virgen. Aquel desgraciado incidente debió de

remover definitivamente las conciencias de aquellos hombres, a los que sin embargo no sólo los incitó ese espíritu casi caballeresco de desagrar aquella afrenta<sup>7</sup> y evitarla en el futuro, sino que basaban su noble aspiración en un notorio convencimiento religioso, pues se presentan como «deseosos de sostener este culto y propagar al mismo tiempo la idea religiosa con la advocación de la Soledad [...] y de este modo se conserve y extienda más la idea religiosa de este pueblo»<sup>8</sup>.

La carta llegó a Palacio y fue tramitada por el Secretario de Cámara del Arzobispado, Francisco García Sarmiento, quien el 25 de noviembre de 1890, sobre el mismo pliego de la carta recibida, redacta su respuesta, en la que insta al «cura propio de Cantillana» (el párroco) a que se pronuncie respecto al ruego formulado por sus feligreses e hiciera constar su parecer, favorable o desfavorable, ante la misma. De nuevo sobre el pliego de la carta original, Francisco Rodríguez Salcedo, párroco, escribe su respuesta el 29 de

7 Y otras que tendrían lugar, según se desprende de la carta: «bien puede asegurarse que, constituida hermandad dedicada a este culto, sufragando ya de su propio peculio o bien por medio de limosnas los gastos de custodia y conservación del templo, se evitarían las profanaciones y perjuicios que hasta aquí han ocurrido» (*ibídem*).

8 *Ibídem*.



La mesa de oficiales de la Soledad ante el palio de la Virgen a mediados del XX, siglo en que se produce la gran renovación contemporánea de la hermandad

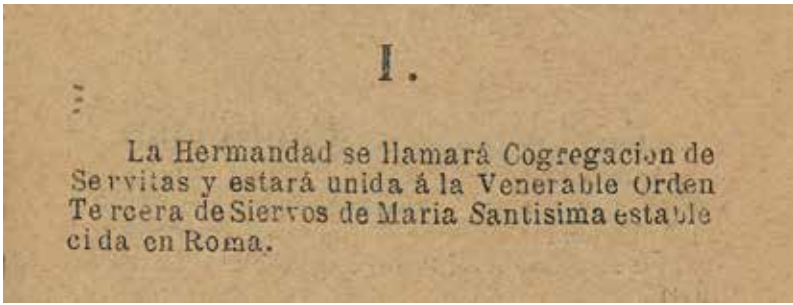
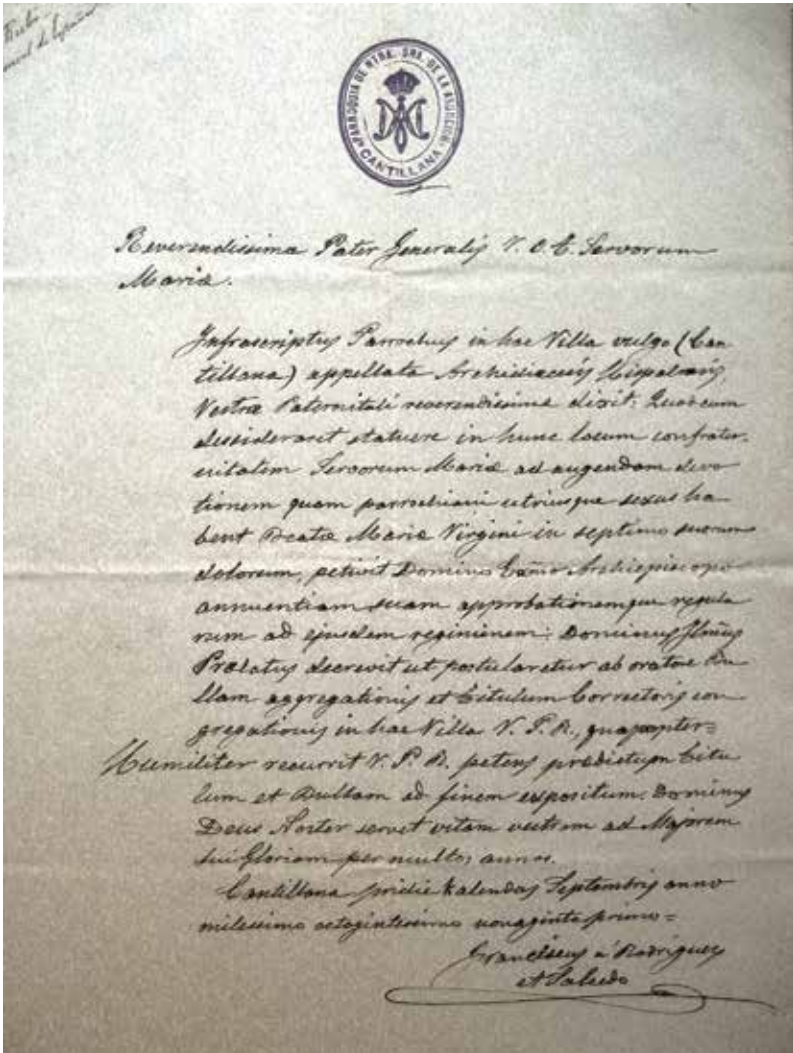


Fig. 1

9 *Ibidem.*

noviembre de 1890 y manifiesta no tener inconveniente alguno, «siempre que los señores que desean formarla presenten reglas relativas al culto que han de dar a la santa Imagen, al cuidado que han de tener de la ermita y a las obligaciones de ellos, y que estas reglas [cuenten] con la superior aprobación de Ntro. Exmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo»<sup>9</sup>. La condición estipulada por el párroco muy pronto se materializó, porque apenas dos meses después, una comisión compuesta por algunos de los firmantes de la carta del 31 de octubre de 1890, en diálogo con el clero parroquial, elabora un «proyecto de Regla» y lo remite manuscrito a Palacio el 5 de febrero de 1891 para obtener la aprobación definitiva. Estos estatutos en borrador (que a la postre se convertirían en las nuevas Reglas de la hermandad), aunque sucintos

Fig. 2



y sin concesiones a prolijidades protocolarias, son sumamente interesantes porque en un sencillísimo articulado recogen al mismo tiempo la esencia tradicional de la hermandad y los fundamentos de un nuevo espíritu: el carisma servita. Más abajo me ocuparé del análisis del contenido de las Reglas, que es, como digo, de gran relevancia, pero antes se deben ponderar convenientemente las implicaciones de esa pretensión de establecer un vínculo real y efectivo con los Siervos de María.

Y es que, en efecto, en esas Reglas pendientes del beneplácito arzobispal los solicitantes incluyen cuatro reglas, las que van de la primera a la cuarta, donde queda formulado el deseo de que a partir de ese momento la hermandad se agregue a los Servitas: «Primera. La hermandad se llamará Congregación de Servitas y estará unida a la Venerable Orden Tercera de Siervos de María Santísima, establecida en Roma» (fig. 1), mientras que en las reglas subsiguientes se hace referencia a normas y prácticas piadosas muy significativas de la VOT, como la existencia de un padre corrector, el ejercicio de las siete avemarías, el rezo de la corona dolorosa o el uso del escapulario. Nada respecto a esta aspiración habían declarado aquellos hombres en la primera comunicación epistolar remitida a Palacio, tampoco el párroco incluía ninguna referencia en el informe que le requieren desde la jerarquía eclesiástica, pero parece claro que la idea debió de estar presente desde las primeras reuniones y gestiones emprendidas. Muchas circunstancias hubieron de repercutir en que aquellos hombres aspiraran a acogerse al carisma servita para dotar de una espiritualidad mariana singular el desempeño de la hermandad: por una parte, durante la segunda mitad del siglo XIX se produjeron numerosas fundaciones o agregaciones servitas en el antiguo Reino de Sevilla y su zona de influencia (Puebla del Río, 1848; Lebríja, 1852; Cortegana, 1852; La Rinconada, 1853; Dos Hermanas, entre 1857 y 1892; Umbrete, 1870; Aracena, 1873; Rociana del Condado, 1879; Gibraltar, 1893; entre otras); de otro lado, también tuvieron gran eco en toda esa eclosión servita las misiones jesuitas, especialmente las del célebre padre Tarín, como ocurrió en Coria del Río, donde alentó fundaciones en este sentido. Pero la circunstancia que mayor peso tuvo fue, sin duda, el vínculo con los Servitas que tenía el propio párroco de Cantillana, Francisco Rodríguez Salcedo, que tomó el santo hábito o escapulario servita en la villa de Ardales en junio de 1870, dato clave que conocemos gracias a la portadilla interior del Libro de actas de 1892 conservado en el Archivo de la Hermandad de la Soledad.

En cualquier caso, la intención de lograr la Agregación provocó alguna demora en los trámites para la aprobación de las nuevas Reglas. Así, Palacio responde a la remisión del borrador de las Reglas con una carta fechada el 20 de febrero de 1891, donde indica que no habrá inconveniente en aprobar las reglas 5ª a 16ª, pero que respecto a la anexión a la Orden y la asunción de sus usos y costumbres (estipulada en las reglas 1ª a 4ª), «deberán arreglarse a las consti-



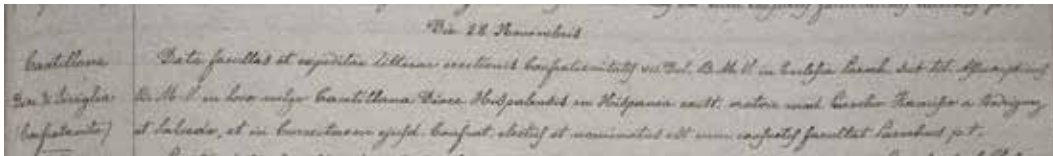


Fig. 3

tuciones de la misma, por lo que, con el placet de Su Excelencia, deberán los interesados dirigirse al Padre General de la Orden, residente en Roma, solicitando la agregación y proponiendo el sacerdote que haya de desempeñar el cargo de corrector para que le conceda las facultades que se acostumbra en estos casos, como también les remita las reglas que hayan de observar»<sup>10</sup>. Esto da pie a una nueva fase del proceso: elevar la petición a la Curia de los Servitas a instancias del Arzobispado. Y así se hizo, pues el párroco Rodríguez Salcedo se dirige al Padre General de la VOT con una carta escrita en latín y fechada el 31 de agosto de 1891 (fig. 2), por medio de la cual declara: «*desideraret statuere in hunc locum Confraternitatem Servorum Mariae ad augendam devotionem quam parochiani utriusque sexus habent Beata Maria Virgini in septimo suorum dolorum*»<sup>11</sup>. La Orden accede muy pronto al ruego y la Hermandad de la Soledad quedó inscrita en el registro oficial como congregación servita el 28 de noviembre de 1891, como demuestra el asiento manuscrito del *Regestum* [...] 1889-1895 (fig. 3), localizada en el Archivo de la Curia Servita por Álvaro Román Villalón<sup>13</sup>. Esta inscripción fue acompañada de la expedición de un documento solemne firmado por el Padre General a modo de acta de erección para certificar la Agregación, que fue enviado a Cantillana y al que el párroco se refiere como «cédula o diploma».

El 12 de diciembre de 1891 el párroco Rodríguez Salcedo satisface la indicación hecha por Palacio en febrero de ese año y remite una carta adjuntando el original de esa «cédula o diploma expedido a mi favor por el Reverendo Padre Prior General de la Orden de Servitas»<sup>13</sup> para poder culminar la aprobación de las nuevas Reglas. Tan solo 16 días después, el 28 de diciembre de 1891, la autoridad eclesiástica otorga la licencia para «la erección de la Orden Tercera de Servitas» y ratifica las Reglas presentadas en su día con una carta-decreto firmada por el Secretario de Cámara del Arzobispado de Sevilla, Dr. Francisco García Sarmiento, y el Vicesecretario, Dr. Manuel Jiménez (fig. 4)<sup>14</sup>. Procedimiento finalizado, Agregación formalizada, Reglas homologadas: una nueva era en la Hermandad de la Soledad estaba comenzando y los nuevos congregantes inmediatamente se pusieron manos a la obra, como veremos a continuación. Pero antes quiero dejar constancia del último lance de todo aquel procedimiento eclesiástico-administrativo, ocurrido siglo y cuarto después, concretamente en 2017, cuando la hermandad gestionó con la Curia General Servita de Roma una copia de la Patente expedida en 1891 con motivo de la adscripción y fundación de la Orden Tercera en Cantillana. El Prior General, fray Gottfried M. Wolff, OSM, accedió a la petición de la Cofradía Servita de Nuestra Señora

de la Soledad y le hizo entrega de dicho documento con todas las prerrogativas canónicas (tenor literal del texto original, rúbricas, sellos). Este decreto (así lo denomina exactamente el Prior General) dice de forma literal: «Del registro de los Piores Generales OSM, con fecha 28 de noviembre de 1891, durante el generalato (1889-1895) de fray Andrea M. Corrado (1835-1901): *Data facultas et expeditae litterae erectionis Confraternitatis VII Dol. B. M. V. in Ecclesia Paroch. sub tit. Assumptionis B. M. V. in loco vulgo Cantillana Dioec. Hispanensis in Hispania exist. oratore mod. Parocho Francisco a Rodríguez et Salcedo, et in Correctorem est eiusd. Confrat. electus et nominatus est eum consuetis facultat Parochus p.t.* (Se ha dado la facultad y se han expedido los documentos de constitución de la Hermandad de los Siete Dolores de la Bienaventurada Virgen María en la Iglesia Parroquial con título de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María en el lugar llamado Cantillana, Diócesis de Sevilla, en España, siendo orador actual el párroco Francisco de Rodríguez y

10 *Ibidem*.

11 El original manuscrito y autógrafo de la carta, que reproducimos en estas páginas (fig. 2), se conserva en el Archivo de la Curia General de la Orden Servita en Roma, en el tomo *Regestum Rñi. Patris And. Corrado Prioris Geñilis. 1889-1895*.

12 *Ibidem*, 45, p. 147.

13 Archivo General del Arzobispado de Sevilla, Carta (AGAS 09908/III/Hermandades/Doc. 11), s. f.

14 *Ibidem*.

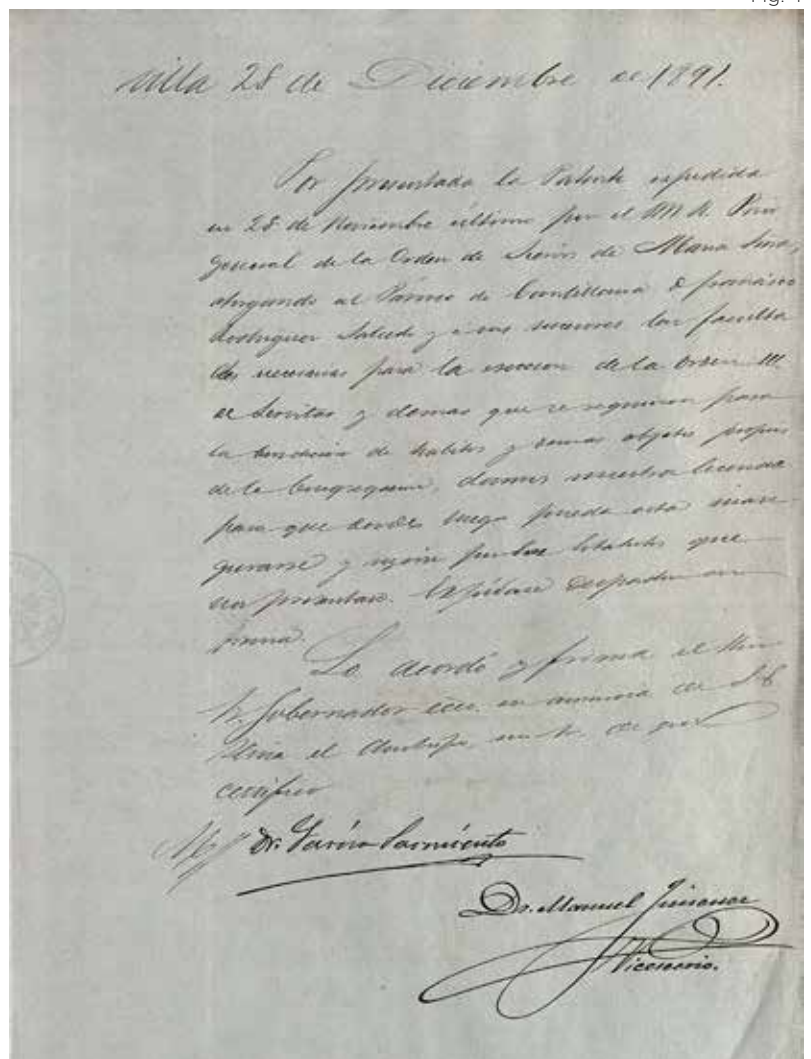


Fig. 4

**El párroco Rodríguez Salcedo reúne en la sacristía de la parroquia a 42 hombres para adoptar ciertos acuerdos y que todo comenzara a funcionar. En el orden del día del cabildo se abordaron seis puntos: presentación por parte del párroco a los concurrentes del referido diploma o cédula de Agregación, lectura de las Reglas recién aprobadas y del decreto episcopal que las sancionaba**

15 Esa nueva junta quedó conformada por Francisco Sarmiento Rivas (mayordomo), José Arias Solís (depositario), Antonio Montalvo Solís (secretario), Manuel Barrera Blanco (vocal), Manuel Rivas Morejón (vocal), José Rivas Rivas (vocal) y Antonio Barrios Moreno (vocal).

16 Archivo Hermandad de la Soledad de Cantillana, *Libro de actas (1892)*, acta de cabildo particular, 2/11/1892, s. f.

Salcedo, y como Corrector de la misma Cofradía ha sido elegido y nombrado el párroco p. t. con las facultades habituales'). El Prior General de la Orden de los Siervos de María ratifica, con este decreto, la erección de la Hermandad de los Siete Dolores de la Bienaventurada Virgen María y, así como para las Fraternidades de la Orden Seglar de la Orden de los Siervos de María, confirma su especial participación en todos los bienes espirituales de la Orden y pide a sus miembros que rueguen por todos los hermanos y hermanas de la familia servita».

Interrumpí nuestro relato en diciembre de 1891, con el proceso comenzado en octubre de 1890 ya culminado. Pues bien, el 2

de febrero de 1892 se celebra ya el primer cabildo particular de esta nueva etapa. El párroco Rodríguez Salcedo reúne en la sacristía de la parroquia a 42 hombres para adoptar ciertos acuerdos y que todo comenzara a funcionar. En el orden del día del cabildo se abordaron seis puntos: presentación por parte del párroco a los concurrentes del referido diploma o cédula de Agregación, lectura de las Reglas recién aprobadas y del decreto episcopal que las sancionaba, antes citados (por cierto: se hizo una tirada impresa de las Reglas, que estampó en 1892 la Imprenta de I. Silva, de Cantillana [fig. 5]), agradecimiento público al trabajo realizado por la comisión encargada de la redacción de las nuevas Reglas (que además se había ocupado «interinamente del culto de Nuestra Señora de la Soledad», dice el acta, información muy elocuente, porque demuestra que la actividad religiosa nunca se vio interrumpida), nombramiento del presbítero Teodomiro Durán y Pérez como delegado

del padre corrector, elección de la junta directiva de la hermandad<sup>15</sup>, organización de un acto de imposición del santo escapulario en la ermita para el 14 de febrero y posterior cabildo general y entrega de los «objetos pertenecientes a la hermandad» al mayordomo<sup>16</sup>. Iniciaban así estos hombres una etapa que sin duda sería fructífera, estaban sentando las bases de la hermandad contemporánea y poniendo los cimientos de unas décadas de florecimiento inequívoco (la Virgen, por ejemplo, fue restaurada en 1900 por Manuel Gutiérrez Reyes-Cano, afamado escultor de la Sevilla finisecular y fue objeto de un recibimiento multitudinario cuando, ya restaurada, cruzó el Guadalquivir en la barcaza y llegó a Cantillana; se impone el uso de la túnica de nazareno en la procesión del Viernes Santo...), que desembocarán en los grandes

acontecimientos de la segunda y tercera década del siglo XX (oficialización del patronazgo en 1919 por parte de la Sede Apostólica, adquisición del conjunto de bordados de Rodríguez Ojeda en 1929...).

Como indiqué arriba, las Reglas para el gobierno de la hermandad poseían un espíritu ecléctico o sincrético que supo conjugar con total acierto los usos y costumbres tradicionales con las prácticas piadosas del nuevo carisma servita. Así, los nuevos estatutos estipulaban la obligación que contraían

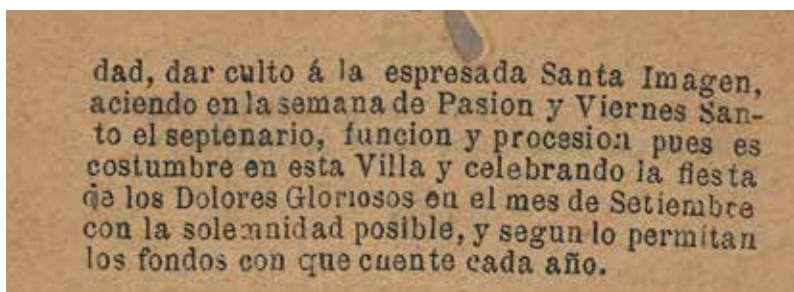
los congregantes de rezar diariamente el ejercicio de las siete avemarías en memoria de los siete principales Dolores de la Virgen o la corona dolorosa todos los viernes del año (en la actualidad se reza cada año en la tarde del Viernes de Dolores), rezos que entroncaban con la espiritualidad de los Siervos, que se pretendía para la hermandad. Al igual que la celebración de la Fiesta de los Dolores Gloriosos de la Santísima Virgen en el mes de septiembre «con la solemnidad posible» (fig. 6); esta fiesta mariana, principalísima para la Orden de los Siervos de María, se instaura en la hermandad al hilo de la Agregación, se consolida a lo largo del siglo XX y ha llegado hasta nosotros con una singularidad que la hace única, ya que por un especial privilegio papal pudo seguir celebrándose el tercer domingo de septiembre (a pesar de la reforma litúrgica universal que la ubicó el 15 de septiembre) y, posteriormente, el tercer domingo de octubre, como es costumbre en nuestro pueblo desde 1951,



Fig. 5

definitivamente canonizada por el Arzobispado de Sevilla en las Reglas aprobadas en 2017.

Por otro lado, las Reglas de 1892 codifican con gran juicio y criterio celebraciones inmemoriales y esenciales de la hermandad como el septenario doloroso, la función del Viernes de Dolores o la procesión penitencial del Viernes Santo, como «es costumbre en esta villa», especifica la regla 5ª (fig. 6), lo cual indica que los reorganizadores tenían una clara conciencia de cuál era la médula celebrativa de la hermandad desde muy antiguo. De hecho, hay numerosos datos documentales en el archivo corporativo que testimonian la celebración ya en el siglo XVIII de la función del Viernes de Dolores (fiesta también muy significativa para los Servitas, por lo que este uso antiguo encajaba a su vez perfectamente con la nueva sensibilidad) y la salida en la Semana Santa, como el apuntamiento de los 2718 maravedís abonados al clero parroquial «por la asistencia a la ermita el Viernes de Dolores y procesión del Viernes Santo»<sup>17</sup> en 1735, por citar solo uno de los muchos datos documentales que se conservan. Por su parte, de la celebración del septenario durante el siglo XIX tenemos reiteradas noticias, por ejemplo, en los Libros de fábrica del archivo parroquial de Cantillana. En definitiva, los ideólogos de las Reglas de 1892 demostraron un sentido común apabullante y una religiosidad acendrada, que los llevó a captar y reconocer sin ambages la verdadera esencia de la hermandad: era tan simple (y tan



dad, dar culto á la espresada Santa Imagen, aciendo en la semana de Pasion y Viernes Santo el septenario, funcion y procesion pues es costumbre en esta Villa y celebrando la fiesta de los Dolores Gloriosos en el mes de Setiembre con la solemnidad posible, y segun lo permitan los fondos con que cuente cada año.

Fig. 6


complejo) como permanecer fieles a las raíces en un momento de profunda renovación y, junto a las nobles novedades implantadas, saber también respetar y reglamentar aquello que había definido a la hermandad y a la devoción a la Soledad de generación en generación.

Sin duda, la Hermandad de la Soledad que hoy conocemos y disfrutamos comenzó a edificarse en aquel lejano fin de siglo, tan convulso para España y tan decisivo para la congregación de la Patrona, que armonizando pasado con presente, supo conciliar lo antiguo con lo nuevo para configurar un modelo de hermandad que felizmente se ha afianzado, ha sabido en los últimos tiempos dignificar lo mejor de su historia y se enorgullece de saberse enlazada en lo institucional y en lo espiritual con la esclarecida Orden de los Siervos de María, a quienes se unen con devoción para ensalzar las glorias de la Santísima Virgen Dolorosa, Nuestra Madre y Señora de la Soledad. ❀

17 Archivo Hermandad de la Soledad de Cantillana, Libro de cuentas 1734-1797, cuentas del 30/IV/1735, s. f.

Función del Viernes de Dolores, día de la Patrona, fiesta histórica de la hermandad y celebración mariana destacada en la espiritualidad Servita  
Foto: José Ángel Espinosa de los Monteros González





## Evocaciones en torno a la imagen de la Soledad (y II)

Texto de María de las Mercedes Lomas Campos

**Mi madre sacaba del escueto equipaje los vestidos que había acabado horas antes y los impolutos zapatos que aún no se habían amoldado a mis pequeños pies para salir al encuentro de la Virgen**

▲  
Siluetas a contraluz en el interior del santuario el domingo *De Laetare* durante el Sermón del Descendimiento  
Foto: José Ángel Espinosa de los Monteros González

**E**s práctica habitual que entre a verla en mi camino de regreso desde el contiguo camposanto. Me gusta hacerlo en hora próxima al cierre, en esos instantes en que ha disminuido el acostumbrado trasiego de quienes minutos antes han sido compañía por el entramado de calles encaladas o de quienes remontan la cuesta expresamente para encontrarse con la Virgen, y sentarme frente a Ella para hallar el necesario sosiego.

Invariablemente, en la quietud de la ermita ya en penumbra, se me agolpan los recuerdos y vuelvo a sentir el frío de cada madrugada de Viernes Santo. Ese frío que atenazaba mis frágiles huesos ante la llamada de mi madre que me despertaba con puntualidad tan intempestiva para arreglarme y disponernos a subir al taxi de Pepe *Galope*, de *Aguaera* o de Manolo Lara, según el año, que nos traería desde Bornos y que, en esas décadas de los 60 y 70 del pasado siglo, a

mí se me antojaba una travesía infinita por más que dormitara nuevamente en el asiento trasero hasta que el inusual desayuno en cualquiera de las ventas del Cruce de las Cabezas me recomponía algo.

Tras reanudar la marcha, el sueño daba paso a la impaciencia por llegar pronto a nuestro destino y que se pudiera cumplir el obligado rito. La primera etapa culminaba en Sevilla donde tras un paso breve, lo justo para comprobar que todo estaba en orden en casa de mi abuela Concha, enfilábamos hasta el Mercado de la Feria, llegando a punto para avistar las primeras plumas de los cascos de los «armaos» y, una vez se alejaba el paso de la Sentencia, llenar la larga espera con el delicioso sabor de la magdalena de chocolate que me compraba mi padre en el Horno San Bruno. Dada mi corta edad, aún no podía comprender las sensaciones que embargaban a mi madre y el sentido de sus lágrimas contemplando la cara de la Virgen con esa aureola especial que le confiere la luz de la cera renegrida de la vuelta, pero cuando pasaba la Macarena mi mano cogía más fuertemente la suya y me apretaba más contra ella cuando nos poníamos en camino hacia Cantillana.

Conforme íbamos llegando a la altura de los secaderos de tabaco aledaños al cruce de la estación, empezaba a sentir ilusión y también nerviosismo al



imaginar cómo sería el reencuentro con la familia paterna; esa familia extensa a la que –salvo en los acontecimientos vitales entonces felices, que no hicieran una visita en verano, o que el calendario deparara que la romería fuera en domingo– veía sólo cada Viernes Santo.

Solíamos llegar justo a tiempo para dejar la maleta y acercarnos raudos a la plaza del Llano para ver la entrada de Nuestro Padre Jesús y de la Virgen del Consuelo, y me desconcertaba sobremanera la escena de la puja previa a que las imágenes traspasaran las puertas de San Bartolomé pues era este un acto que yo no había visto en ningún otro sitio y que, en ocasiones, se me hacía eterno. Después del imprescindible refrigerio en la Peña o en la Casineta vieja, nos íbamos al Palacio, a casa de mis abuelos, donde esperaban las espinacas, el bacalao con tomate, las tortillitas y el inolvidable arroz con almejas que hacía mi abuela Pastora, solícita a contentar todos los paladares. En la sobremesa, mientras los mayores descansaban, mis primos y yo subíamos por la para mí empinadísima escalera al «soberao», hasta que alguno de los que quedaban abajo nos conminaba a que jugáramos en la calle porque nuestras apresuradas pisadas por el suelo de tablas de madera no les dejaban hablar o echar una cabezadita. En esa época, la aproximación por nacimiento me hermanaba fundamentalmente

con Antonio y Francisco, incorporándose el resto paulatinamente en años posteriores, pero el excesivo temor y mi desmesurada timidez, provocada en gran parte por la distracción en solitario, impedían que pudiera seguir el ritmo de sus frenéticas carreras por el terraplén de las chumberas o del barranco hasta el Peñón del Moro.

Llegaba entonces el requerimiento de mi padre para la ineludible visita a su tía Manuela y su prima Loli que vivían en la cárcel. Debo confesar que no me gustaba demasiado la idea pues, aunque por un lado me atraía el morbo de ver los calabozos en los que yo imaginaba que podrían estar recluidos peligrosos delincuentes pero que, asidua y afortunadamente, estaban vacíos y a pesar de que ellas eran siempre muy cariñosas, cercenaba bruscamente el rato de diversión compartido que yo tanto añoraba.

Y, tras la merienda, nos arreglábamos para ver la procesión. En mi casa no se estrenaba para el Domingo de Ramos dada nuestra residencia en un lugar donde no había procesiones ese día; sin embargo, mi madre sacaba del escueto equipaje los vestidos que había acabado horas antes y los impolutos zapatos que aún no se habían amoldado a mis pequeños pies para salir al encuentro de la Virgen. A pesar de nuestro ritmo lento, con innumerables pausas para el afectuoso sa-

▲  
La Virgen de la Soledad sube su calle engalanada en una procesión extraordinaria acompañada de todo el pueblo de Cantillana en los años setenta del pasado siglo

ludo de viejos conocidos, conseguíamos verla en «La Calzá», entonces con un trazado muy diferente de casitas bajas y aceras sin apenas cementar, y luego bajábamos ya con Ella hasta la Puerta de Malara, porque mi padre quería escuchar las saetas que cantaban *El Burraco, El Cahilo o Pepe Arcario*.

Me llamaba poderosamente la atención que no llevara nazarenos, pero en aquel entonces lo celebraba. En mi niñez, yo asociaba infaliblemente los nazarenos a las filas interminables que ya había sufrido por la mañana y a las figuras de negro cuyas estilizadas y siniestras sombras veía reflejadas en las paredes de la calle Granada o del Calvario y que luego aparecían amenazantes en alguna de mis pesadillas. Sin embargo, me gustaba el Sepulcro, esa urna blanca en la que yo intentaba adivinar cómo sería la cara del Cristo Yacente porque nunca lograba verla y que, en ocasiones, se alejaba tanto de la Madre que le seguía que el escaso intervalo que transcurriría se me convertía en un parón insoportable.

En mi entonces corto entendimiento, la procesión se asemejaba más a esas imágenes de la Semana Santa castellana que me devolvía la televisión en blanco y negro en los días en que la programación era única y pobre, especialmente en esa tarde en que el Señor estaba muerto y, a diferencia de lo que había presenciado por la mañana, era algo más fúnebre. A ello ayudaba el sonido seco y entonces extraño de los judíos, que resonaba amplificándose en mi interior, provocando mi miedo y mi curiosidad a partes iguales y que, con el devenir de los años y hasta su desaparición, se convirtieron en entrañables e insustituibles. Me confundía que la Virgen fuera con el manto bastante ahuecado por arriba, por lo que su fina cara casi se me perdía y contrastaba con la imagen aún más triste y el aspecto más austero que yo había visto reiteradamente en el cajón de madera de las fotografías que mi madre guardaba en el armario y que a mí me entreteñía tanto, sentada en el pequeño espacio que dejaban las puertas de espejos entreabiertas.

Una vez que pasaba la Soledad, venían las despedidas y el largo camino de regreso en el que los comenta-

rios y las anécdotas de la jornada servían de arrullo mientras me vencía el cansancio, acurrucada entre la tibia de mi madre y mi abuela. Así año tras año, porque para mi padre era impensable estar un Viernes Santo fuera de Cantillana.

Posteriormente, tras la interrupción que supuso el que nuestro pequeño núcleo familiar quedara reducido a dos, volvimos a reconciliarnos con el anhelado



día solemne cantillanero, intentando seguir con el ritual, pero necesariamente de otro modo. El desabrido frío de la madrugada ya no era al despertar porque yo pasaba sin solución de continuidad de la entrada del último paso en la carrera oficial al desayuno con café y churros, una vez que mi padre llegaba a la parada de la Bética; y ya nuestra estancia se trasladó a la casa de mis padrinos y se prolongaba durante el fin de semana, lo que me permitía gozar del cortejo procesional de una

manera más completa y sosegada. Pero había prácticas que permanecían inalterables, aunque sufrieran un cierto desplazamiento espacial y tuvieran particulares connotaciones; el inapelable cierre de establecimientos tan recordados y señeros hizo que el aperitivo se trasladara a otros, como la peña deportiva a la que pertenecía mi tío Antonio como socio fundador, y la profusa cadena de saetas, en este caso desde el balcón de Carmen Pérez y el

**Me gustaban las manos de la Soledad, esas manos con dedos extendidos y hoyuelos que las acercan a la calidez humana y bonachona. Me suelo fijar en las manos de las vírgenes, que immortalizan esas manos de nuestras madres, amorosas, generosas y que nos hacen sentir queridas y seguras**



Chico de la Barrería, auguraba una ligazón que después trocaría desde la amistad a una relación de parentesco.

Eran los años 80 y yo comenzaba a mirar con otra perspectiva, ponderando más aspectos plásticos que iban añadiéndose al imaginario meramente ideal y simbólico. Fui confiriendo valor y apreciando la riqueza que atesoraba esa «hermandad de pueblo», en torno a la antigua, meritoria y bella imagen que

procesionaba. Me llamaba la atención la suntuosidad del paso que nada tenía que envidiar a los sevillanos y destacaba la riqueza del palio, del manto, la inclusión de las velas rizadas tan acordes con la estética de la época y las esquinas de flores blancas, más contenidas y elegantes que las de algunos que se dejaban inundar por la opulencia a medio varal que no me gustó nunca.

(En el centro)  
La Virgen de la Soledad es trasladada para su visita misional a la Residencia San Nicolás en diciembre de 2023  
Foto: Estudio Imagen

No mostraba la lucida presencia reciente, pero a mí me cautivaba la Magdalena, pese a los vaivenes con los que solía bajar la pendiente; por entonces, más que reparar en su calidad artística, me impresionaba su largo pelo y que tras su aparente fragilidad se me aparecía una mujer fuerte, a semejanza de la Santa Marta que cumplimentaba si estaba abierta la puerta lateral a la plazuela de San Andrés. Aún hoy me pregunto el porqué de esa atracción, pero me fascinaban, posiblemente como preludio de mi admiración por las mujeres solas y fuertes que trascienden su dolor. Desde entonces, me gusta observar a esas Magdalenas que, en sus diversos tratamientos, desde un plano secundario y aun ordenándolas a apartarse —*Noli me tangere*—, siguen fieles al acompañamiento y a la obra de Aquel que resucitó,

majestuoso e imponente, para indicar con su mano el camino a seguir.

Me gustaban las manos de la Soledad, esas manos con dedos extendidos y hoyuelos que las acercan a la calidez humana y bonachona. Me suelo fijar en las manos de las vírgenes, que immortalizan esas manos de nuestras madres, amorosas, generosas y que nos hacen sentir queridas y seguras. Esas madres a las que

## El año pasado, tras más de una veintena, volví a encontrarme con Ella en la calle y, a pesar de la fisonomía tan distinta, tan magnífica y grata del cortejo actual, se apilaron las nostalgias como si el tiempo se hubiera detenido y yo volvía a mirar con ojos de sorprendida candidez, probablemente buscando algún atisbo de esa niña que fui

(Página siguiente)  
Perfil de la Soledad  
Foto: Óscar Torres y Juan  
Manuel Jurado

recurrimos, físicamente o a través del desvaído y sublimado recuerdo, buscando el amparo y el consuelo en momentos de tribulación, como hacen los cantillaneros con su Virgen de la Soledad. Esa imagen que es capaz de aglutinar los sentimientos por advocaciones dispares que singularizan a nuestro pueblo y que convoca en derredor, feliz y gozosa, a todos sus hijos, incluidos aquellos que vivieron la diáspora para poder tener futuro y que ese día —como hacíamos nosotros, como hacían tantos— vuelven solícitos a responder a su impalpable llamada. Esa respuesta que muchos pueden atribuir más a motivos de costumbre que religiosos pero que, por una aparente azarosa causalidad, se hace patente en ese viernes, ahora no tan lúgubre como antaño.

Me sorprendía cómo el rasgo teóricamente distintivo de la fecha que se conmemoraba, y que tradicionalmente incitaba al duelo y recogimiento, en Cantillana adquiriría un tono peculiar propiciado, sin duda, por el patronazgo de la Virgen de la Soledad, lo que le confería un aire más alegre y bullicioso, apoyado en gran medida por el acompañamiento musical que distinguía al paso. Yo estaba acostumbrada al silencio o al lastimero sonido del muñidor y de los instrumentos «de capilla» que regularmente precedían a la Madre que llora a su Hijo inerte, por lo que me asaltaba la sorpresa cuando los músicos rompían a cantar y me emocionaba contemplar la ufana cara de Gabriel Ríos si el público coreaba

María Soledad,  
Patrona de Cantillana,  
en tu misterio de dolor  
el pueblo entero te aclama...

esa primera estrofa, la única que yo me sabía, de un himno que me hacía comprender que esas antítesis pueden tener cabida, y me iba llevando desde cánones estrictamente preestablecidos a la condescendiente disculpa porque entendía que esas manifestaciones llevaban detrás toda la memoria, todas las súplicas y todo el amor de un pueblo.

Avanzando los años, el cambio que fue dándose en la cofradía, la primera irrupción de erráticos nazarenos y las transformaciones no siempre acertadas en la disposición de los pasos, me iban alejando del Viernes Santo idealizado de mi infancia, a la vez que evolucionaba también mi rol en el guion

tradicionalmente escrito para ese día. Ahora era yo la que sentía la tierna mano de mis hijos apretando las mías y sus inocentes preguntas sobre el sentido de mis lágrimas ante la morena tez que aparecía entre el satisfecho movimiento de bambalinas por la esquina del mercado; era otra la persona que, como fiel compañero de vida sabedor de su valor intrínseco, se acercaba a la renovada confitería para que pudiera endulzar ese epílogo posterior al paso de la Macarena y era yo la que, como tantas veces vi hacer, reproducía los mismos movimientos acomodando los ropajes festivos que esperarían, ya en vehículo y vivienda propia, hasta que contempláramos nuevamente el discurrir de la Soledad por el Llano o la Cuesta del Reloj. Procesos de cambio, de mutación, de incipiente madurez, que antecedieron a un nuevo paréntesis; primero, por decisión propia ante el deseo de disfrutar completamente ese día entre las advocaciones que jamás había visto en la calle y darlas también a conocer a quienes seguirían con nuestro gusto por las cofradías, antes que el inexorable rito de paso hiciera que se alejaran de nuestra guía, y posteriormente por la insostenible amargura ante la ausencia.

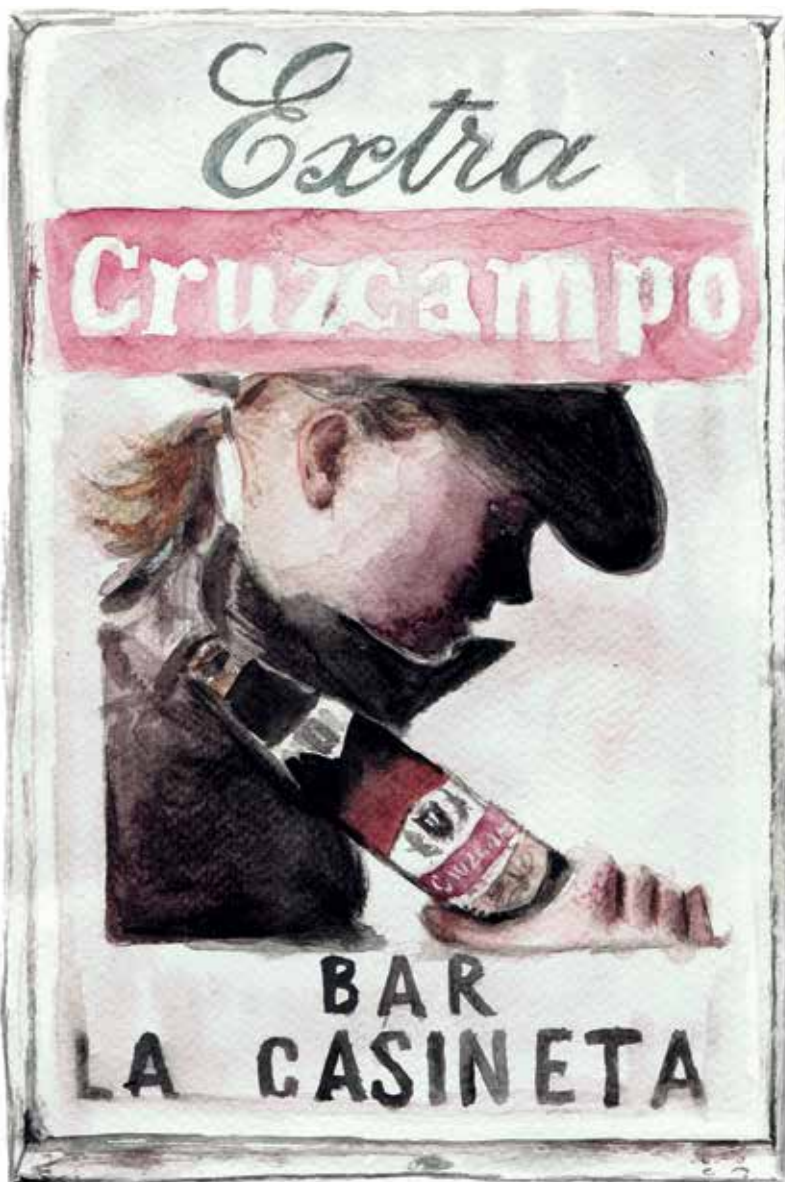
Fue un plazo prolongado en el que mi contacto con la Soledad se hizo, paradójicamente, más frecuente pero circunscrito a la intimidad de su camarín. Es en esa cercana lejanía donde he entendido mejor la soledad de la Virgen, donde he podido apreciar mejor su rostro suave y resignado y, a través de su lánguida mirada, me he visto a veces reflejada como en un espejo, a pesar de la distancia. Es ahí, donde te das cuenta de que la Soledad ha estado igualmente presente a lo largo de tu historia vital, contribuyendo a armonizar y dar sentido a todas esas experiencias que han transitado desde las manifestaciones primigenias compartidas y populistas a una perspectiva interiorizada e intimista, que permite una vinculación más consciente y serena en la adentrada madurez, esa que enraíza e invita al retorno.

El año pasado, tras más de una veintena, volví a encontrarme con Ella en la calle y, a pesar de la fisonomía tan distinta, tan magnífica y grata del cortejo actual, se apilaron las nostalgias como si el tiempo se hubiera detenido y yo volvía a mirar con ojos de sorprendida candidez, probablemente buscando algún atisbo de esa niña que fui. Quizá, estuviera presagiando el momento en que estas líneas —que en gran parte escribí de manera apresurada, sentada en el banco de azulejería del porche de su ermita y que han quedado reposando manuscritas en el soporte de papel original durante varios años— pudieran ser editadas. Sirva también este artículo para dar por concluida la serie que Basilio Pérez Camacho inició en la revista *Tiempo de Pasión* en 2007 y que, desgraciadamente, no pudo culminar. En aquel, ofrecía sus evocaciones en torno a la Soledad; en este, ofrezco las mías... Algunas convergen en un lapso demasiado fugaz de vivencias comunes.

*Consummatum est* 🍷







▲  
Rótulo luminoso de la Casineta de los años sesenta. Una auténtica joya ya que podría tratarse del último con esa imagen que exista y afortunadamente permanece intacto donde se instaló el primer día  
Ilustración: Miguel Ferrera

(En el centro)  
Logo vintage de Pepsi  
Ilustración: Miguel Ferrera

## VIAJE AL PALADAR DE LA FIESTA

### La Casineta

Texto de Miguel Ferrera García

<sup>1</sup> Guiño a *Regreso al Futuro*, la mejor película sobre viajes en el tiempo de la historia.

Esta historia os va a parecer un cuento chino, o turco mejor dicho, pero prometo que sucedió tal como me dispongo a relatar. Era el pasado 14 de febrero, Miércoles de Ceniza con su demoledor *pulvis es, et in pulverem reverteris*. Estaba rematando precisamente esta revista cuando me entró apetito y fui al flamante Kebab Casineta. Ya sé que no es muy de vigilia, pero soy débil y no me resistí. Aquello estaba vacío, solo los encargados, un par de tipos con rasgos persas, tras un mostrador esperaban impacien-

tes mi pedido. Mientras lo preparaban me entretuve pensando en aquel lugar y en cómo cambiaba todo: aquello, que había sido durante tanto tiempo *sanc-tasanctórum* de la cocina cantillanera, ahora se había convertido en un local de comida rápida turca de dudosa calidad. Absorto en mis pensamientos, no me percaté de que el cilindro cárnico del que se «afeitan» esas finas lonchas que ponen en el durum, se había detenido y hacía movimientos extraños. Los dependientes discutían en urdu y la máquina comenzaba a echar humo cuando, de repente, comenzó a rotar en el sentido contrario al que lo hace habitualmente. Los muchachos ahora gritaban y aquello giraba cada vez más rápido, hasta que empezó a producir primero un ligero remolino que se fue transformando en un tornado, revoleando servilletas, cubiertos, sillas y mesas por todo el local. Tuve que esquivar la vitrina de bebidas y al girarme vi a través de la ventana que ese huracán estaba arrasando la Puerta de Malara. Peatones, coches y hasta el Paulino salían despedidos por los aires. Me resguardé bajo una mesa y, muy asustado, contemplé el espectáculo sobrenatural: las cada vez más aceleradas vueltas hacia atrás del döner kebab (literalmente, carne que gira) estaban creando un agujero de gusano y en cada vuelta retrocedíamos en el tiempo, primero horas, al poco días y finalmente años. Fuera, de vez en cuando pasaban coches de modelos cada vez más antiguos: un Renault *Arkana*, un *Megane*, un *Ford Focus*, una *C15*, un *Seiscientos*, un *Simca 1000*... pasó también una *Bética* y hasta un rebaño de cabras entró en aquel bucle que cada vez iba más deprisa. Dentro del bar, la decoración también cambiaba y los azulejos arrancados de cuajo dejaban una pared blanqueada de la que colgaban cabezas de toros y fotos en blanco y negro. Y entonces, el suave *clac* de un plato de espárragos sobre una barra de zinc lo detuvo todo en seco.



El bar estaba ahora abarrotado, decenas de parroquianos con grises y antiguos atuendos, se quedaron mirándome pasmados. Yo era lo único que extrañaba después de aquel *maremágnum* espaciotemporal, rollo cuántico o como se diga. Era como si para ellos nada hubiese pasado. Y efectivamente, solo yo desentonaba allí en medio con mi chaquetón rojo acolchado y mis deportivas *Nike* blancas. No tardaron mucho en comenzar las primeras mofas: que si me había escapado de un barco con aquel salvavidas<sup>1</sup>, que si iba a hacer la primera comunión con aquellos zapatos blancos... todos reían a carcajadas excepto

un hombre vestido de cura que estaba en la barra, exactamente al que le pusieron aquel plato de trigueros que detuvo el viaje en el tiempo. El semblante sereno con el que me miraba me dio confianza y me acerqué a preguntarle qué día era. —Miércoles de Ceniza, hijo mío —respondió. —¿Pero de qué año? —exclamé sin poder disimular mi pánico. —Es 19 de febrero de 1969, pero ¿qué te ocurre, muchacho? ¿estás bien? En estas, el camarero ya algo nervioso por mi misteriosa presencia me preguntó que si iba a pedir algo. Su rostro me era familiar... era Pepe Virola, el marido de Manolita la de la Casineta, aunque mucho más joven de cómo yo lo había conocido, sus inconfundibles hirsutas cejas no dejaban lugar a dudas. El cura insistió. —Muchacho, ¿qué te pasa? —al que, toso, cortó Pepe. —Don Enrique<sup>2</sup>, deje al chaval, a ver qué quiere tomar. Ciertamente, todo aquel vendaval y sobre todo el susto, me tenían sequito y como vi su logotipo vintage serigrafado en una caja tras la barra y soy tan susceptible ante iconos pop, coaccionó mi subconsciente y pedí una Pepsi *sin*<sup>3</sup> (que bastante excitado estaba ya). —¿Sin qué, sin pagar? Aquí se paga todo, quillo —me espetó Pepe. Pedí entonces una cerveca fresquita y una tapa de aquello que tenía delante el cura, porque el apetito no lo había perdido. Antes de que me diese cuenta, me puso por delante un plato de espárragos con su huevo cuajado y dos rebanadas de pan, con la mirada desafiante del que no se fia ni un pelo. Mojé el pan y al probarlo me estalló el paladar. Era como si mis papilas gustativas no estuviesen preparadas para aquello, provocándome un principio de *stendhal* que en un abrir y cerrar de ojos me devolvió al frío y solitario Kebab Casineta de 2024.

La historia de la mítica Casineta se remonta a hace más de un siglo, sobre 1920, cuando Jesús Sánchez Ortiz volvía de hacer la mili. Tras una breve estancia en el bar que sus hermanos regentaban en la calle Real, a la altura de la joyería de Manolito Zayas, decidió abrir su propio negocio. Lo hizo exactamente donde tiene la tienda Emilio Pardo hoy, en la misma calle Real esquina con Casillas. El nombre de Casineta viene por un casino que había en la planta de arriba: un salón con un billar, una mesa de cartas, dominó y un despacho de lotería. Casino/Casineta.

Jesús se casó con Manuela Solís Pérez, la artífice de aquella prodigiosa cocina que después, su hija Manolita encumbró a los altares de las cacerolas andaluzas. Y es que muy pronto surgió la magia de los tres grandes peroles con fuego de carbón en lo que se guisaba todo en la primitiva Casineta: los filetitos en salsa, la caldereta, la asadura en adobo, el menudo, los riñones, el bacalao con tomate, las espinacas con garbanzos, los espárragos, los aliños de merluza, el pescaito frito y, por supuesto, los famosos pajaritos *casineteros*. Manolita, que echó literalmente los dientes en esa cocina, nos cuenta que ella se daba maña como nadie para pelar y dejar bien limpios los pajaritos para freírlos o ponerlos a la plancha. Miles, millones de zorzales, pititas, estorninos o gorriones han pasado por sus ágiles y habilidosas manos durante toda su vida.

## El nombre de Casineta viene por un casino que había en la planta de arriba: un salón con un billar, una mesa de cartas, dominó y un despacho de lotería. Casino/Casineta

Debido al gran éxito de su cocina, la Casineta cogió mucha fama en los pueblos cercanos y venían cantidad de forasteros en bicicleta a probar sus tapas. «Muchos días dejaban el enorme patio que tenía el bar tan lleno de bicicletas y motos que no se podía ni pasar», nos cuenta Manolita.

Fue también curioso como la Casineta cambió de espacio en el año 68 del pasado siglo. Jesús tenía apalabrado un trato para comprar el local de la calle Real, hasta entonces a renta y que era propiedad de Manolo *El Carnicero*. Sin embargo, justo antes de firmar el contrato, ocurrió el espeluznante y misterioso suceso que fue tan famoso en la Cantillana de la época. Manolo se fue a cazar a Montejín (el Montegil cantillanero) y nunca más apareció. El trato se fue al traste y tuvieron que buscar otra alternativa. Y como el pueblo crecía hacia arriba, encontraron frente a la Puerta de Malara el emplazamiento idóneo para instalarse. Allí siguieron

2 Don Enrique Carrasco Zamudio, cura párroco de Cantillana en esa época.

3 Segundo guiño a la película dirigida por Robert Zemeckis en 1985.

Paco Chagua, Manolita y Pepe Virola arriba y sentados, Ana la americana, Juan Zambrano y Rosario Naranjo desplumando zorzales en la antigua Casineta de la calle Real



Pastora Virola, Pepe Viro-  
la, Manolita, Ángeles Viro-  
la y Manolo Alés. Al fondo  
en la pared, una foto en-  
marcada de la Virgen de  
la Soledad



despachando tapas y raciones hasta el año 2010 en que Pepe, nieto de Jesús, cerró las puertas de este templo y ya nada volvió a ser igual en lo que a gastronomía se refiere en nuestro pueblo, haciéndonos perder a todos los cantillaneros un poco de sensibilidad en nuestras curtidas y expertas papilas.

Metidos en cuaresma, la minuta de la *Casi* cambiaba poco, ya que los platos típicos gozaban de tanto éxito que se guisaban todo el año. Y de igual modo, como siempre ha habido pecadores, las carnes y la casquería, también. Manolita, con ese arte tan grande e innato que la caracteriza hasta a la hora de hablar, comenta que para Semana Santa, aquello (refiriéndose al bar) era horroroso. La de gente que iba allí. Se acababan los guisos, «y mira que había género, nos dice, pero volaban». Cuando eso pasaba, abría alguien el frigorífico y decía, aquí hay esto, y se guisaba. Y más pronto volvía a agotarse ¡Qué habilidad más grande!

Para los días de Semana Santa, dada la extraordinaria ubicación de ambos recintos (calle Real primero y Puerta de Malara después) estratégicamente situados para vivir la pasión cantillanera como si de una Campana *naevense* imaginaria se tratase, el ya de por sí abarrotado salón se volvía prácticamente inaccesible para todo aquel que no llegase a primerísima hora. Abrían el Miércoles Santo y ya prácticamente no cerraban hasta la noche del Viernes Santo. Eso sí, cuando pasaba algún paso por la puerta, Jesús o Pepe mandaban a todo el mundo fuera para poder verlo.

Doña Manolita nos relata también cómo transcurrían las *madrugás casinetenses*. Se preparaban litros y litros de chocolate en esas grandes ollas esmaltadas

de un tono marrón, parecido al del líquido que espesaba en su interior. Era el único bar que lo hacía por aquel entonces y la gente acudía en legión ante el dulce reclamo, con el pretexto de entrar en calor, sobre todo en aquellas frías noches cuando la Semana Santa cae pronto. Y si después de una taza, el devoto se tomaba una copa de aguardiente, regresaba tras el Señor más colorado que el monte de claveles de su paso. Ya al amanecer olía a café hasta en las Viñas y los inolvidables montaditos de aceite, mechá y jamón le daban a uno las fuerzas necesarias para aguantar varias saetas en el Llano y el tiempo que fuera de puja.

Y allí ya no se paraba. Tras la recogida de la Virgen del Consuelo, todo el pueblo subía a ver a la Patrona. Y claro, una paradita antes para una cervecita y al bajar otras pocas, dos tapitas y para casa a descansar. Pero aquellos fogones debían seguir en marcha preparando el condumio de la noche. Antes de darse cuenta ya estaban allí los primeros enchaquetados en busca de la copita. Y de nuevo comenzaba el trajín de Pepe, un montadito, Pepe, una cervecita, Pepe, una ración de calamares... María Jesús, su hija, explica que el momento de cerrar llegaba cuando la Soledad volvía. Al pasar por la puerta del bar, sin tiempo para recoger ni para nada, solo bajando el cierre y «echando con agua caliente» a los clientes más rezagados, toda la familia caminaba tras la Virgen hasta verla entrar y cerrarse las puertas de su ermita. Y como cierran esas puertas la Semana Santa de Cantillana cada Viernes Santo, nosotros cerramos este artículo que solo pretende rendir un humilde homenaje a una familia que, para mí, elevó la gastronomía local a la cota más alta jamás registrada. 🍷

# Receta de espárragos con su huevo cuajado

## Ingredientes:

Un Kg de espárragos camperos  
Una cucharada de pimentón  
6 dientes de ajos  
Una cebolla grande  
Una hoja de laurel  
Aceite de oliva virgen extra  
2 ó 3 rebanadas de pan duro  
Una cucharadita de comino  
Un chorreón de vinagre  
4 huevos  
Sal

## Elaboración:

Lavar los espárragos y trocearlos hasta que no puedan romperse. Des-  
echar los tallos duros y hervir un par de minutos el resto para quitarle  
su bravura, sacar y reservar guardando un poco del agua de cocción.

En una sartén freír los ajos y las rebanadas de pan. Una vez dorados, pasar  
al mortero junto con la cucharada de comino en grano, un puñado de  
sal, un chorreoncito de vinagre y preparar un majado.

Pochar la cebolla con las hojas de laurel en esa misma sartén. Añadir los  
espárragos y la cucharada de pimentón, remover un instante y agregar el  
majado junto con el agua de cocción de los espárragos que habíamos re-  
servado. Cocer hasta que el agua se evapore y quede una salsa consistente.  
Cuajar unos huevos y servir.





Estado actual del órgano de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Cantilla. Foto: archivo ABC

# MANUEL BLANCO PINO

## El eterno organista de Cantillana

Texto de Carlos Blanco Tirado

**Hay personas que quedan en la memoria de una comunidad durante varias generaciones a pesar del paso del tiempo... Algo así ocurrió con nuestro protagonista**

**H**ay personas que quedan en la memoria de una comunidad durante varias generaciones a pesar del paso del tiempo... Algo así ocurrió con nuestro protagonista, Manuel Blanco Pino, conocido popularmente como Manolito *El Organista* o *El Ciego*. Un célebre personaje cantillanero que muy lejos de renegar de sus orígenes, colocó a su pueblo en el centro de su vida y dejó una profunda huella en el imaginario colectivo, gracias a su intensa implicación en las cosas de Cantillana, esas

que nos hacen singulares e identificables. Un músico que puso su conocimiento y talento al servicio de Cantillana, sus ritos, sus tradiciones, sus gentes. Glosaremos su figura, su trayectoria y su obra en este trabajo, que pretende ser una primera aportación o aproximación al estudio de la vida y obra de Manuel Blanco Pino, que sin duda merece una investigación más detenida que arrojaría importantes frutos.

Manuel Blanco Pino nació en la última década del s. XIX, concretamente en 1894. Por aquellos entonces, y por contextualizar un poco la época en que vivió nuestro protagonista, Cantillana había empezado a tener cierto florecimiento económico gracias a su posición estratégica en las vías de comunicación con Extremadura y con las minas de Almadén de la Plata. Contaba aproximadamente con unos 5000 habitantes que se repartían en unas 800 casas agrupadas

en 21 calles. Tenía una pequeña cárcel, almacén de pósito y un escueto hospital. Su economía se basaba principalmente en la cría de ganado, la agricultura y la pesca en el Guadalquivir, así como la industria vinculada a los molinos de aceite y harina. Por aquellos entonces también resaltó la industria artesana de la confección de flecos y enrejados de mantones de Manila. El transporte fluvial a través del Guadalquivir fue constante para el comercio de carbón y hierro. Además de esto, el ayuntamiento contaba con dos barcazas para cruzar el río y facilitar la movilidad de sus habitantes hacia Sevilla y Carmona. A mediados del siglo XIX, se creó en nuestro pueblo la estación de tren gracias a la línea de ferrocarril Sevilla-Córdoba que mejoraría sustancialmente la comunicación del municipio.

Pero centrándonos de nuevo en nuestro protagonista, debemos decir que no tenemos demasiados datos sobre su vida y los pocos con que contamos se han transmitido de forma oral y de generación en generación hasta nuestros días, por tanto la inmensa mayoría de la información que nutre este artículo ha sido aportada por personas que lo conocieron en vida y por familiares directos del mismo. Vivió en la antigua calle Hospital, hoy Miguel de Cervantes, junto a sus padres y sus otros dos hermanos, Pepe y Paco. Aprendió rápidamente a aceptar y convivir con su discapacidad visual, cosa que jamás le supuso impedimento alguno para su desarrollo personal, profesional y social. Desde muy pronto mostró interés por la música, centrándose principalmente en los grandes clásicos de la historia y en la música sacra, por ello empezaría a desarrollar notables habilidades con algunos instrumentos musicales, pero sobre todo con el piano, quizás por la presencia en su casa de uno de gran tamaño.

Su familia debió de tener cierta estabilidad económica, ya que siendo adolescente animaron al joven a comenzar en la capital su formación musical de piano. Inició sus estudios en la que por entonces era la única institución de enseñanza oficial para personas ciegas en la capital y que había sido fundada unas décadas antes por Antonio Pichardo y Casado, el Colegio de Sordomudos y Ciegos de Sevilla, ubicado en un primer momento en la calle Bustos Tavera y después en la calle San Luis. Esta institución apostó en todo momento por la enseñanza musical, ya que los pedagogos más afamados del momento habían señalado la importancia de la música para estos niños y jóvenes ciegos con la que podían compensar las barreras y las dificultades cotidianas. Allí también aprendería el sistema de escritura y lectura braille, así como la musicografía braille.

Durante los años que estuvo estudiando en la capital, conocería de primera mano la riqueza del panorama cultural y musical de finales del s. XIX y principios del s. XX que por aquellos entonces estaba viviendo una nueva época dorada con figuras tan importantes para la música religiosa y litúrgica como fue el caso de Hilarión Eslava, Joaquín Turina, Vicente Gómez Zarzuela o Manuel López Farfán. Muchas de las

obras de estos afamados artistas le inspirarían posteriormente en algunas de sus obras. Destacó entre sus compañeros como alumno bastante aventajado, lo que motivaría que incluso le llegasen a proponer continuar su formación musical en Madrid, propuesta que fue rechazada por él mismo. Tras finalizar sus estudios regresó a Cantillana con la intención de asentarse definitivamente en el municipio una vez cerrada su etapa sevillana. Es en este momento cuando conoció a la que sería su esposa, Elvira Jiménez López, oriunda de Morón de la Frontera, y con la que tendría cuatro hijos: Salvador, Micaela, Carmen y Manuel. Algunos de sus hijos también desarrollaron habilidades musicales como fue el caso de Micaela, que cursaría posteriormente estudios superiores de violín y piano en la misma institución donde lo había hecho su padre.

Tras su vuelta y asentamiento definitivo en Cantillana, aproximadamente a finales de la década de 1910 y principios de 1920, empezó a ejercer de forma oficial como organista de la iglesia, abriéndose así una frenética etapa de su vida que se caracterizaría por su participación activa en la vida cultural y religiosa de nuestro pueblo que le otorgaría un gran posicionamiento social a todos los niveles y estrechas relaciones con prácticamente todas las instituciones civiles y religiosas del municipio. Así lo atestiguan documentos que conservan en sus archivos algunas hermandades de nuestro pueblo. En el caso de la Hermandad de la Asunción, tiene documentado en sus libros de cuentas los pagos realizados a nuestro protagonista

Manuel Blanco Pino (en el centro de la imagen) en la feria de San Mateo, aproximadamente sobre 1918. Sección de una foto grupal extraída del libro *El tiempo detenido*, pág. 81  
Foto: Dubois



por tocar la novena durante prácticamente toda la década de 1920 y los primeros años de 1930, refiriéndose a él unas veces como Manolito *El Organista*, otras como Manolito *El Pianista* y otras simplemente como Manuel Blanco Pino. De igual modo, la Hermandad de la Pastora también tiene documentado durante prácticamente los mismos años su participación como organista en los diferentes cultos y en la novena con el pago de aproximadamente los mismos importes. Tenemos que aclarar que el primitivo órgano barroco del s. XVIII que tocaba Manuel Blanco, se ubicaba en la antigua tribuna que había a los pies de la nave de la Epístola, justo donde se encuentra hoy el Santísimo Cristo de la Misericordia. Dicho órgano tristemente desapareció en la Guerra Civil, siendo reemplazado en los años cuarenta por el actual, que procede de la Iglesia del Divino Salvador de Carmona y que ocupó un nuevo espacio en la parroquia a los pies de la nave principal tras el tapiado de la puerta a la calle Pósito. El quinario en honor a Nuestro Padre Jesús Nazareno y a Nuestra Señora del Consuelo celebrado de manera conjunta en la Ermita de San Bartolomé también contaba con la presencia del organista; así lo testimonia una antigua convocatoria de cultos de 1932. A partir de esta fecha, hay poca o casi ninguna documentación relacionada con su participación en los diferentes actos litúrgicos, posiblemente relacionado con la muerte de su esposa

cuando apenas había alcanzado 33 años de edad.

Además de su participación como organista de la iglesia en los cultos oficiales de las diferentes hermandades de nuestro pueblo, también desempeñó otras importantes tareas relacionadas igualmente con la vida religiosa del municipio. Encargado de la dirección del coro parroquial junto a Pastora Arias, elegían minuciosamente las mejores voces entre los coros de las hermandades de la Asunción y de la Pastora. Así lo han testimoniado dos antiguas componentes de una edad muy avanzada, Francisca Castaño y Mercedes Molina, que recuerdan con ternura aquellos años que tanto aprendieron de Manolito *El Ciego*, de los coros de campanilleros, de sus cantos en la misa de los domingos y de la solemnidad del septenario o de los Dolores Gloriosos del mes de octubre celebrados por la Hermandad de la Soledad.

Aparte de esto, también ejercía como sochantre, por su gran voz grave y su canto lúgubre, en los funerales más destacados, entonando probablemente el sobrecogedor canto *Dies irae, dies illa*. En el número 28 de esta publicación (2022), también se documentó su participación como pregonero en el ancestral rito del Sermón de Jesús, que tiene lugar cada mañana de Viernes Santo cuando la venerada imagen de Nuestro Padre Jesús hace estación de penitencia en la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. En dicho

Manuel Blanco Pino posa junto a un coro de campanilleros al que ensayaba cada Navidad, eligiendo a las mejores voces de los coros de la Asunción y de la Pastora. 1920 aprox.





sermón intervenían dos pregoneros; uno entonaba el Canto del Ángel, que por aquellos entonces cantaba *El Monaco*, y otro pregonero cantaba la Sentencia de Pilatos, en este caso Manuel Blanco Pino.

A pesar de su frenética vida profesional, social y religiosa, y de haber dedicado prácticamente su vida a la música, solo contamos hasta la fecha con dos obras firmadas por nuestro protagonista y que gracias a Dios aún forman parte del repertorio musical de la Semana Santa cantillanera. Se trata de dos composiciones de principios de los años 20 aproximadamente: *Por tu divina humildad*, dedicada a Nuestro Padre Jesús Nazareno, y *Dolores de la Santísima Virgen*, dedicada a la Virgen de la Soledad. Aparte de la notable enjundia musical de las dos piezas referidas, cuya cadencia y expresividad nos hacen recordar la contenida ceremoniosidad de las músicas litúrgicas decimonónicas, merecen ser destacadas sus respectivas letras, también obras de Manuel Blanco Pino, que reproducimos en estas páginas (unidas a un enlace digital que permite escucharlas interpretadas).

En el caso de la copla *Por tu divina humildad*, los versos, acompañados por una solemne melodía de tempo pausado, presentan una impronta penitencial que parece evocar los clásicos misereres (la repetición de las palabras «misericordia» y «perdón» así vendrían a

corroborarlo); junto a ello, que es tan propio del ciclo cuaresmal en que se interpreta, aflora la temática de la Pasión, presagio del tiempo litúrgico a cuya celebración nos conduce el Quinario del Señor, donde este canto encaja como una pieza clave: la petición de clemencia se dirige a un Cristo pasionista, que si bien otorga «su fuego al Sol» (metáfora en la que resuena un viejo simbolismo de victoria, majestad y ardor amoroso), padece prisiones y muerte por alcanzarnos la Salvación.

Por su parte, la serie de siete letrillas que configuran los *Dolores* de la Soledad están concebidas para ser cantados en cada uno de los días del septenario en honor de la Virgen, en el momento en que se reza el ejercicio del septenario propiamente dicho. Está claro que Manuel Blanco conocía perfectamente el sentido profundo del septenario: contemplar piadosamente los siete dolores sufridos por María a lo largo de su vida; y, así, escribió y musicó estas siete estrofas con métrica de arte menor y una mezcla de rimas consonantes y asonantes con cierto regusto popular, que recrean poéticamente los Siete Dolores: la profecía de Simeón, la huida a Egipto, el Niño perdido en el Templo, el encuentro con Cristo camino del Calvario, la muerte de Cristo en la cruz, la Piedad y la Sepultura. Todos ellos tienen un fundamento bíblico, como demuestra saber y dominar el autor en

Grupo de caballeros trajeados para el Viernes Santo posando en la puerta del Café Central, situado en la calle Real y que después pasó a llamarse la Peña. Encontramos a Manuel Blanco Pino junto a la jamba derecha de la puerta





▲  
El rostro de Nuestro Padre Jesús Nazareno la mañana del Viernes Santo  
Foto: José Ángel Espinosa de los Monteros González



Enlace para escuchar la copla *Por tu divina humildad*, dedicada a Nuestro Padre Jesús Nazareno

#### Fuentes orales

Alfonso Porcel Blanco, José Manuel Blanco Daza, Mercedes Molina y Francisca Castaño



Enlace para escuchar la copla *Dolores de la Virgen*, dedicada a Nuestra Señora de la Soledad

### *Por tu divina humildad*

Copla a Nuestro Padre Jesús Nazareno

Por tu divina humildad  
y tu sagrada Pasión,  
Dios, eterna majestad,  
misericordia, misericordia,  
misericordia y perdón.

Tú que das su fuego al sol,  
y al aire su movimiento,  
tú que al hombre das su aliento  
para que viva en tu amor.  
Mi Dios, autor de la vida,  
entre prisiones atado,  
a la muerte condenado  
por salvar al pecador.

Por tu divina humildad  
y tu sagrada Pasión,  
Dios, eterna majestad,  
misericordia, misericordia,  
misericordia y perdón.

### *Dolores de la Virgen*

Para el septenario de Nuestra Señora de la Soledad

I  
De Simeón la profecía  
fue vuestro primer dolor,  
cuando dijo que sería  
perseguido el Redentor.  
¡Oh, Virgen desconsolada!  
Madre llena de dolor,  
*ya que sois nuestra abogada,  
alcanzadnos el perdón.*

II  
Anuncia el ángel glorioso  
que a Egipto sin tardar  
huyáis con Hijo y esposo,  
Virgen Madre singular,  
y así de Herodes frustrada  
queda la persecución.  
*Ya que sois nuestra abogada,  
alcanzadnos el perdón.*

## II

El niño Jesús perdido  
vuestro pecho traspasó,  
¡quién supiera, arrepentido,  
pronto hallarle como Vos!  
¡Oh, Virgen atribulada!,  
Madre llena de dolor,  
*ya que sois nuestra abogada,  
alcanzadnos el perdón.*

## IV

Al calvario se encamina  
Cristo llevando la cruz  
y al ver así, tierna Madre,  
a vuestro caro Jesús,  
os ponen acongojada  
mi pecado y su aflicción.  
*Ya que sois nuestra abogada,  
alcanzadnos el perdón.*

## V

A Jesús, vuestro consuelo,  
Hijo a quien tanto queréis,  
con angustias excesivas,  
por el hombre morir veis.  
También Vos, ¡oh, Madre amada!,  
compartís su cruel pasión.  
*Ya que sois nuestra abogada,  
alcanzadnos el perdón.*

## VI

Del madero desclavado  
el cuerpo del Redentor,  
herido y despedazado,  
contemplasteis con horror.  
Los clavos, lanza y espinas  
redoblan vuestro dolor.  
*Ya que sois nuestra abogada,  
alcanzadnos el perdón.*


## VII

Aquella infinita ofensa  
que al Dios eterno causó  
del hombre el primer pecado,  
muriendo, Jesús borró.  
Con su muerte, consumada  
fue la humana redención.  
*Ya que sois nuestra abogada,  
alcanzadnos el perdón.*

sus letras, que traslucen los pasajes evangélicos correspondientes y se adornan con escuetas pero bellas invocaciones o meditaciones en torno a la figura de la Virgen (algunas asentadas en conceptos teológicos muy hondos como la Corredención o la Mediación, que se constata en el estribillo que todas comparten y da unidad al conjunto).

Ambas composiciones se cantan anualmente en los cultos cuaresmales de ambas hermandades, circunstancia que las convierte en su patrimonio vivo, fértil, y que adquiere pleno sentido, pues se lleva a término el fin, litúrgico y devocional, para el que fueran creadas. Estas coplas no son únicamente una añeja reliquia que ha sobrevivido al paso del tiempo porque ha llegado a ser conocida por nuestras generaciones por obra y gracia de los archivos o la remembranza (algo ya de por sí valioso), sino que cumplen anualmente el propósito que las alentó: hacerse siempre antiguas y siempre nuevas cuando una voz las cante y las ofrenda a los pies de las sagradas imágenes de nuestros padres y nuestros abuelos. Sus inconfundibles melodías están íntimamente asociadas a momentos muy destacados y esperados de nuestro calendario religioso y festivo, esos cultos que allanan el camino hacia nuestra Semana Santa y donde cada cual se reencuentra no solo con los fervores antiguos que han sido en él depositados, sino también con la memoria de los que ya no están allí pero estuvieron y con los mejores recuerdos de toda una vida. Por ello, estas coplas de Manuel Blanco Pino están con total merecimiento en el catálogo de nuestro patrimonio artístico, pero, sobre todo, contribuyen a dignificar lo mejor del acervo inmaterial y sentimental de Cantillana.

De carácter campechano y bondadoso, inteligente y profesional en su trabajo, buen padre y esposo, apasionado del *Miserere* de Hilarión Eslava, aficionado de la bebida del dios Baco, eterno músico y organista, entregado a su pueblo, a sus hermandades y a su comunidad religiosa, Manuel falleció tristemente en agosto de 1946 de forma repentina a los 52 años. Sirvan estas humildes palabras para que perdure en el recuerdo de nuestro pueblo y de las generaciones venideras.

Allí sigue, justo donde lo encontramos. Ocurrió hace unos años, una tarde cualquiera de los últimos días del mes de noviembre, cuando la noche arranca día a día y minuto a minuto la luz a nuestro cielo y el aire impaciente se vuelve frío presagiando un nuevo invierno. Mi madre y yo retirábamos las flores marchitas que habíamos puesto sobre la tumba de mi abuela Josefa por los Difuntos. Me di cuenta de que mi padre se había quedado absorto mirando un punto fijo. Me puse a su lado para intentar ver qué le había despertado tanto interés. Lo miré «¿Qué te pasa?». Señaló una vieja lápida que teníamos frente a nosotros. «Ese es mi abuelo, tu bisabuelo Manuel». A duras penas pude descifrar las letras de aquella antigua losa: *Don Manuel Blanco Pino*. Allí sigue, justo donde lo encontramos. 

## Bibliografía

Archivo Histórico Hermandad Nuestra Señora de la Asunción de Cantillana, *Libro de Cuentas 1916-1945*.

Archivo Histórico Hermandad Divina Pastora de las Almas de Cantillana.

Archivo Histórico Hermandad Nuestro Padre Jesús Nazareno de Cantillana.

Archivo Histórico Hermandad Servita de Nuestra Señora de la Soledad de Cantillana.

Barranca Daza, J. M., «Identidad y memoria. Ritos singulares de la Semana Santa de Cantillana: El Sermon de Jesús», *Cábata*, 28 (2022), pp. 14-19.

García López, O., «La recompensa a un esfuerzo colectivo: el nacimiento del conservatorio de música de Sevilla», *Diferencias. Revista del CSM Manuel Castillo de Sevilla*, 4 (2014), pp. 119-150.

\_\_\_\_\_, «Eduardo Torres (1872-1934). De la catedral al conservatorio: gestión, educación y crítica musical en Sevilla durante el primer tercio del siglo XX», *Anuario musical: Revista de musicología del CSIC*, 76 (2021), pp. 127-149.

Montero Pedrera, A. M<sup>a</sup>, «Antonio Pichardo y Casado (1843-1894) y el origen de la educación de sordomudos y ciegos de Sevilla», *Escuela Abierta*, 10 (2007), pp. 297-307.

Cutiérrez Cordero, R., Rojas Rodríguez, D., «La inauguración del Parque de María Luisa: contexto social y musical en la Sevilla de principios del s. XX. Un aporte a la educación no formal», *Espacio y Tiempo. Revista de Ciencias de la Educación, Artes y Humanidades*, 28 (2014), pp. 121-146.

Ventajas Dote, F., Pozos Fernández, M<sup>a</sup> del C., «Contribución a la Historia de la Educación Especial en Málaga (I): las asociaciones de invidentes en tiempos de Alfonso XIII», M<sup>a</sup> R. Berrueto Albéniz et alii, coords., *El largo camino hacia una educación inclusiva: la educación especial y social del siglo XIX a nuestros días. Coloquio de Historia de la Educación*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2009, pp. 709-722.

# TEMPUS FUGIT

Cristo nunca muere en Cantillana

Texto de Francisco Merino Espinosa



Ilustra este artículo una fotografía del Santísimo Cristo de la Misericordia, de mi querida Hermandad Sacramental de Cantillana, en su salida procesional del Miércoles Santo de 1982. La estrechez de la Cuesta del Caco, donde está tomada la fotografía, delimita notablemente la portentosa imagen del crucificado y resalta la magistral composición estética del conjunto de forma piramidal, conformando un triángulo áureo, como si de un canon de la antigua Grecia se tratara. Un triángulo perfecto en cuyo vértice superior se nos presenta majestuosa la imponente talla que a su vez, nos evoca un punto de fuga superior de ineludible referencia al Dios Padre y a la resurrección de su Divino Hijo.

Las dos paredes del callejón que enmarcan la imagen resaltan con su blancura de cal la extraordinaria talla de Castillo Lastrucci, haciendo que centremos nuestra atención en Él como protagonista principal del momento. Mientras tanto, en la parte inferior, formando la base del triángulo compositivo y a modo de línea isocéfala, los protagonistas secundarios constituyen su Iglesia, su gran creación, su pueblo de Cantillana.

Si la parte superior de la imagen es el motivo de todo, su Ser, la parte inferior es su Estar, la mayor obra de Nuestro Señor Jesucristo. Somos nosotros representando a su Iglesia, los que hemos recibido su Palabra, el legado de su mensaje Divino; somos nosotros los beneficiarios de sus principios, los que tenemos el deber y el compromiso de ponerlos en práctica y transmitirlos de generación en generación en una continua labor evangelizadora.

Siempre me ha llamado la atención el asombroso paso del Cristo de la Misericordia con su corte clásico, su austeridad, su color oscuro casi negro que lo hace más solemne si cabe, sólo salpicado por los detalles de plata que hacen lo oscuro aún más oscuro y con los claveles rojos que parecen chorreones de Sangre Divina derramada.

Cuando era niño, aunque mis primeros recuerdos cofrades siempre han estado irremediabilmente ligados a la Dolorosa del Llano, el Miércoles Santo era la primera toma de contacto con una nueva Semana Santa, toda vez que, por aquel entonces, aún no procesionaba por nuestro pueblo el gran misterio de la Sagrada Entrada en Jerusalén. Acostumbrados como estábamos a las glorias del verano cantillanero, el contraste con el crucificado era total; el silencio, el recogimiento y la dureza de aquel Cristo muerto por las calles de Cantillana suponían un contraste sublime, una dura realidad que nos ofrecía el contrapunto perfecto para cerrar el círculo histórico del cristianismo: dolor y gloria, pasión y resurrección, vida sobre la muerte, triunfo del Amor de Dios sobre el pecado.

Los recuerdos de aquellas noches de frío, los colores tenebrosos, el olor a incienso y cera quemada de los cirios de los nazarenos, los sonidos del ra-

cheo simple y acompasado de los costaleros y el crujir de esas maderas del canasto cuando el paso se iba acercando, contribuían a que en ese instante todo se conjugara de tal forma que se creara el ambiente propicio, la atmósfera perfecta de sensaciones para alabar al Hijo de Dios que muerto pasaba a nuestro lado.


Un instante que no dejaba indiferente a nadie y un silencio..., un silencio que sólo se rompía con una espontánea saeta que, cantada a bocajarro desde algún balcón al son de martinete, seguidilla o carceleira, cortaba el aire atravesando la bóveda celeste y se clavaba directamente en nuestros corazones:

Ya vienen las golondrinas  
con el pico ensangrentao  
de quitarle las espinas  
a Cristo crucifiaico.

No era difícil imaginar a los nazarenos de la presidencia del paso, aquellos que dedicarían su vida a la hermandad y algunos de los cuales aún hoy la siguen dedicando: Antonio Díaz *Antoñito el de la Caja Rural*, Manuel Sanz Rimada *Sanito*, Amador *El de la plaza de abastos...*

Pero a pesar de lo sombrío y lúgubre que pudiera parecer la muerte de Cristo, su Buena Muerte, la dulzura de sus rasgos, la serenidad de su rostro y el equilibrio perfecto de sus proporciones, ya nos hacía adivinar que ese no era el final.

Conforme transcurría la cofradía, te iba embargando la sensación de que la Gloria estaba cerca, tanta belleza no podía ser en vano, su resurrección es la que debía darle sentido a todo. Como dijo Pablo de Tarso allá por el año 55 de nuestra era: «sí Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también nuestra fe». Sólo la resurrección de Jesús fundamenta y da sentido a nuestra fe cristiana y es su resurrección el punto de partida para descubrir a Cristo. Para sus discípulos, la experiencia de la muerte de Jesús y, sobre todo, del tipo de muerte, hacía un sin sentido todo tipo de reflexión sobre Jesús, su mensaje, su misión. Sin embargo, sus encuentros con el Resucitado fueron una llamada a anunciar su Evangelio. Así, para nosotros los creyentes, la resurrección del Hijo de Dios es el acontecimiento más real, importante y decisivo que ha sucedido en la historia de la humanidad.

La fe en la resurrección está en coherencia con la forma en la que Jesús entiende a Dios, pues Jesús presentó a Dios como un Dios de vivos. La resurrección de Cristo es lo que hace que el mensaje evangélico sea verdaderamente una Buena Nueva. La resurrección es una intervención creadora de Dios, algo nuevo, el inicio de la nueva creación, ya que, legítima la vida y el mensaje de Jesús. Cristo, resucitado por el Padre, sólo es el «primero que ha resucitado de entre los muertos» (Col 1, 18-19). Él se ha anticipado a todos para alcanzar esa vida definitiva que nos está también reservada a nosotros. 

# CARTEL 2024

Texto de Ricardo Pueyo Sastre

**E**n esta pintura digital la imagen de Nuestra Señora del Consuelo se convierte en epicentro, a partir del cual, se organiza el resto de la composición; resuelta mediante la inclusión de un amplio repertorio de motivos simbólicos y alegóricos que enmarcan a María Santísima.

La Virgen del Consuelo se nos muestra en el mágico y onírico escenario de una noche estrellada. Esta aparece revestida con la perdida saya de las perlas y manto morado. Porta toca de oro y corona, que nos la muestran como la Reina del cielo y tierra. Aparece acompañada por San Juan Evangelista, el cual la está terminando de ataviar. Además aparecen dos figuras femeninas vestidas de mantilla que representan al pueblo y recuerdan al cortejo de mantillas que acompañaba a la Virgen en su estación de penitencia. Una de ellas reza y la otra prepara las típicas moñas de las

promesas que se colocan en la candelera del palio, detalle idiosincrásico de esta cofradía. En la esquina izquierda aparece una cigüeña de San Bartolomé con la corona de espinas de Nuestro Padre Jesús Nazareno en su pico.

La escena aparece representada en un patio encalado, entre buganvillas, aspidistras, geranios y plataneras. A la iluminación conferida por la luna se suma la que otorgan las centelleantes velas. En el fondo de la estancia podemos observar las sombras del Santo Cristo de la Vera-Cruz y el Cristo de la Humildad y Paciencia, ambas tallas desaparecidas y con las que la Virgen del Consuelo procesionaba.

Intentamos, pues, de esta manera resaltar los elementos más característicos y notables de la procesión de la Virgen del Consuelo en la Semana Santa cantillanera a lo largo de toda su historia. 🍷



Bocetos del cartel realizados por Ricardo Pueyo



Cartel anunciador de la Semana Santa de Cantillana 2024, obra de Ricardo Pueyo

